



BOLSILIBROS
BRUGUERA

Selección

TERROR

**LA MUERTE
SE MIRA AL ESPEJO**

**Ada
Coretti**





SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

- 466 – El ritual de la sangre, *Donald Curtis*.
- 467 – Siniestro, *Lou Carrigan*.
- 468 – Macabra inmortalidad, *Ralph Barby*.
- 469 – El comprador de recuerdos, *Lou Carrigan*.
- 470 – En la tumba, oscuridad, *Clark Carrados*.

ADA CORETTI

LA MUERTE SE MIRA AL ESPEJO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 471
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 327 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: marzo, 1982

1.* edición en América: septiembre, 1982

© **Ada Coretti - 1982**

texto

© **García - 1982**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El viejo doctor Woodyn vio la lancha motora muy cerca de la rocosa costa, pero ni por casualidad se le ocurrió pensar que aquellos tres hombres pudieran estar esperándole a él.

Y esperándole para matarle.

Se dio cuenta de que estaban ebrios, borrachos. Más eso no le impresionó excesivamente, pues no era la primera vez que les veía en tal estado. Uno de ellos se hallaba empinando el final de una botella de buen brandy.

Conocía de sobras a aquellos tres hombres. Vivían en Symmingdel y eran, sin lugar a dudas, los tres jóvenes más ricos de la cercana localidad.

Uno de ellos se llamaba Robby Remick. Era alto, rubio y bien parecido. Egoísta y caprichoso, desde niño había atormentado a su madre con sus exigencias. Exigencias que antes o después habían sido satisfechas.

El otro se llamaba Alan Leone. Era el más joven de los tres, aún no había cumplido los veinte años. Tenía una buena figura y unos rasgos agradables, pero su carácter era violento e irascible.

El tercero de ellos, de nombre Burt Derek, era el más atractivo físicamente. Tenía aspecto de artista de cine, de auténtico galán de película. Pero en cuanto a sus valores morales, era digno amigo de los otros dos.

El viejo doctor no quiso saludarles. Pensó que lo mejor era hacer ver que no reparaba en ellos.

Pero ellos le estaban esperando, lo dicho, y abandonando la lancha motora se precipitaron de pronto sobre su persona.

El doctor Woodyn se vio sujeto, inmovilizado, y luego arrastrado hacia el interior de la lancha motora. Se vio llevado hacia allí a trompicones.

—¿Qué significa esto...? —protestó—. ¡Soltadme en seguida! ¡No quiero saber nada de vosotros!

—Pero nosotros sí queremos saber de ti —dijo Robby Remick, apestando a brandy—, ¡Nos tiene hartos!

—¡Hartos hasta no poder ya más! —exclamó a su vez Burt Derek, cuyas facciones de galán de película se veía desfiguradas por sus gestos de beodo—. Así que hemos decidido prescindir de ti...

—Una vez te hayamos eliminado, podremos acercarnos a tu hija, a Adrienne —añadió Alan Leone, que no sólo era el más joven, sino que aparentaba aún menos años de los que tenía—. Porque la amamos, ¿te enteras de una vez, viejo loco?, y tenemos derecho a que ella nos corresponda...

—¿Qué decís? —Preguntó el doctor Woodyn, con un miedo enorme metido en el cuerpo—. ¿Que habéis decidido prescindir de mí...? ¿Qué vais a eliminarme...? ¿Que vais a hacerlo para acercaros a Adrienne?

—¡Sí! ¡Sí! —Exclamó el alto y rubio Robby Remick—. Pero no tienes derecho a lamentarte; tú solo eres el culpable de lo que va a sucederte... —y se rió.

—¿Y qué es lo que va a sucederme? —y el miedo metido dentro de su cuerpo, hizo que el doctor Woodyn sintiera un mortal escalofrío.

—¿Quieres saberlo? —Preguntó Alan Leone—. ¿De veras quieres saberlo?

—Pues yo voy a decírtelo —repuso Burt Derek, que era el que estaba más borracho, y los tres lo estaban, y mucho—. Vamos a echarte al mar...

—No ignoramos que sabes nadar —dijo Robby Remick—. Así que ya nos encargaremos de que te hundas y no salgas... —y de nuevo se rió de la infeliz víctima.

Tan infeliz que sólo encontró fuerzas para pedir piedad, y para pedirla con trémulas y conmovedoras lágrimas en sus ojos.

El motor se dejó oír y la lancha motora arrancó, alejándose de la rocosa costa. Había sido Burt Derek quien la había puesto en funcionamiento. Burt Derek era el dueño de la pequeña embarcación.

—¡Es inútil que llores, loco de los demonios! —Barbotó Robby Remick—. ¡No vamos a compadecernos! ¡Hemos decidido acabar contigo de una vez!

—Pero, ¿qué mal os he hecho yo...? —le tembló la voz al doctor Woodyn —, Yo no me merezco que...

—¡Calla, insensato! —Exclamó Alan Leone—. ¿Aún preguntas que nos has hecho? Pues impedir que nos acerquemos a tu hija. ¿Acaso te parece poco? ¡Si no sé cómo hemos tenido la paciencia de aguantarte hasta ahora!

—No quiero morir... —musitó el doctor Woodyn—, Ahora amo la vida... Y la amo —les explicó— porque sé que un día cercano, muy cercano, seré el hombre más rico del mundo.

—Anda, deja de decir insensateces, no van a servirte de nada —le cortó el guapo Burt Derek, mientras maniobraba en la lancha—. A nosotros no nos impresionas con tus habladurías sobre estudios científicos...

La lancha motora avanzaba ya con rapidez, dejando tras sí una estela de espuma. Una estela blanca, que parecía la cresta de una ola partida en dos.

—No hará falta que nos alejemos mucho —dijo Robby Remick—, De todos modos no va a salir a flote...

—¿Pero qué es lo que vais a hacer conmigo...? —quiso saber el viejo doctor Woodyn. Y reconoció con un nuevo y mortal escalofrío—. Me asusta veros tan borrachos...

—Hemos bebido —admitió Alan Leone— para encontrar ánimos de hacerlo... Nos hemos puesto de acuerdo: un par de botellas de brandy a los estómagos y manos a la obra...

—¿Pero qué es lo que vais a hacer conmigo...? —inquirió de nuevo. Y pasto de un miedo horrible, espantoso, atroz, un miedo cada vez mayor, no pudo impedir que las lágrimas empezaran a deslizársele por las mejillas.

—Puesto que quieres que te lo aclaremos todo detalladamente, allá va. Vamos a colocarte unos grilletes, con sus cadenas y sus correspondientes bolas de hierro— le informó Burt Derek, que acababa de detener la lancha motora—. De este modo te hundirás inexorablemente entre las aguas y ahí quedarás, en el fondo, hasta que tu carne putrefacta acabe siendo manjar de

los peces.

Sin querer dilatarse en más pormenores, los tres se dieron a aquella tarea, poner y sujetar los grilletes alrededor de los tobillos del viejo profesor Woodyn.

Este se sentía despavorido, preso de un terror ilimitado, y desorbitaba los ojos y desencajaba las pupilas. Su rostro, que en un principio palideció de un modo sobrecogedor, acabó de un violento tono amoratado. Lo mismo que si fuera a darle un ataque, un ataque súbito e irreversible.

—Se me ocurre algo —dijo Robby Remick—. Podemos equiparle de una botella de aire comprimido... Para que pueda respirar durante una hora... Así su muerte tendrá la agonía que se merece... Morir, simplemente morir, es demasiado poco para lo que nos ha hecho pasar...

—¡Muy bien pensado! —Contestó Alan Leone—. Así tendrá tiempo, antes de que le falte el oxígeno, de morir de miedo... Y morir de miedo debe ser algo peor que simplemente morir...

—¡Perfecto! —exclamó Burt Derek—, ¡Perfecto!

—No hagáis eso conmigo... —y el doctor Woodyn quiso rebelarse—. No me condenéis a una muerte tan horrenda... Por favor, piedad...

Seguía desorbitando los ojos y desencajando las pupilas, y seguía asimismo con el rostro amoratado, como si fuera a darle un ataque. Pero sólo empezó a sudar. Un sudor frío, helado, que le hizo ponerse a temblar de un modo convulsivo.

Miró los grilletes que le habían sido colocados en los tobillos, con las bolas de hierro al extremo de las cadenas. Lo quisiera o no, le había sido imposible oponerse a aquellos tres hombres jóvenes. Los tres, juntos, habían colaborado y coronado la macabra sorpresa.

—Bueno, ya estás dispuesto —dijo al poco rato Robby Remick.

—Se hundirá rápidamente —añadió Alan Leone—. En pocos segundos estará en el fondo.

—No nos olvidemos de colocarle la botella de aire comprimido —recordó Burt Derek—. Será gracioso saberle en el fondo del mar, sobre la arena, viendo lo que pasa a su alrededor, sabiendo que su fin se acerca, se acerca...

Le colocaron las correas por los brazos, dejando a su espalda la botella de aire comprimido. Luego le metieron el tubo de goma en la boca.

—Tienes para una hora —le dijo uno de los tres. En su inmenso terror, el doctor Woodyn no hubiera podido saber quién había pronunciado tales palabras—. Aprovechala, va a ser la última —y la mofa resultó ser realmente demoníaca.

El doctor Woodyn se negó a que le pusieran en pie, pero finalmente no le tocó otro remedio que hacer lo que le exigían. Instantes después, recibía un fuerte empujón y caía al agua.

Quiso mantenerse a flote, pero le resultó imposible. Los grilletes y las bolas de hierro pesaban horriblemente. Se hundió como un saco lleno de piedras.

Fue a parar al fondo, sobre una arena finísima, cerca de un compacto núcleo de algas, junto a una planta acuática de finos y delicados colores, sumamente decorativa, que se mecía suavemente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Parecía el abanico de una elegante dama del siglo pasado.

A su alrededor cruzaban diminutos peces, a docenas, a cientos, muy unidos.

El doctor Woodyn se quedó inmóvil, desde luego pudiendo respirar sin grandes dificultades. Para eso le habían puesto la botella de aire comprimido.

Tenía para una hora.

Pero una hora pasa pronto.

Estaba sentenciado a morir del modo más horrendo, más espeluznante, más terrorífico.

En medio del agua, limpia, transparente, seguía desorbitando los ojos y desencajando las pupilas...

* * *

En las últimas horas, las olas habían ido cediendo en ímpetu, en intensidad, calmándose, sosegándose, y el mar se mostraba casi inmóvil, dando una grata y placentera sensación de mansedumbre. Pero de esa sensación no era prudente fiarse.

El mar volvería a mostrarse furioso, embravecido, acometiendo con fuerza frenética e incontrolable la rocosa costa.

Una costa rocosa donde había más de una gruta.

Y lo cierto es que en una de ellas, tenía, o parecía tener su guarida, un gigantesco y monstruoso pulpo, hacia el que todos los habitantes de Symmingdel, la cercana localidad, experimentaban un gran temor.

Todos, menos el viejo doctor Woodyn, que cada día más loco, más rematadamente loco, por lo menos todo lo hacía presumir así, aseguraba con entusiasmo que el pulpo y él acabarían siendo buenos amigos.

—Y entonces, cuando seamos amigos —decía el doctor ' Woodyn—, me convertiré en el hombre más rico del mundo. Porque «Zatte» —éste era el nombre que el viejo Woodyn había puesto al pulpo— sacará para mí todos los tesoros que hay escondidos en el fondo de los mares.

El doctor Woodyn tenía una hija. Una hija que nació cuando su esposa era ya muy mayor, cuando creían que ya no tendrían descendencia. Adrianne era muy guapa, guapísima, y de ella estaban enamorados muchos hombres.

Pero ninguno se atrevía a acercarse a la muchacha, ya que el doctor Woodyn, dueño del caserón que se alzaba junto a la rocosa costa, recibía a todos los hombres que se acercaban por allí con una escopeta cargada. Presto a disparar si el intruso no se retiraba.

Había cundido la alarma, y la verdad es que, de momento al menos, el viejo se había salido con la suya. Su hija Adrianne vivía a su lado, sólo a su

lado, sin conceder su atención a ningún hombre.

—No creo que haga usted bien, señor —se permitió decirle en una ocasión Simón, el criado de la casa—. Su hija tiene derecho a la vida, a la felicidad...

El doctor Woodyn le lanzó una mirada tan furibunda, tan colérica, que Simón enmudeció. Adrianne, por su parte, que se hallaba presente, esbozó una sonrisa y dijo:

—Yo no me quejo. Así soy feliz.

Pero Simón, en cuyo rostro había una expresión que tenía algo de perro fiel y bondadoso, sabía que la muchacha mentía. Forzosamente tenía que ser así. Ella no podía ser feliz viviendo de aquella manera. Que fuera un vulgar criado, no era impedimento para que comprendiera algunas cosas como esas, elementales, por cierto.

Pero Adrianne sentía una pena muy grande hacia su padre, cuyas facultades mentales, qué duda cabe, habían sufrido un grave deterioro.

Todo empezó cuando murió su madre, a la que su padre adoraba. No pudo soportar aquel acerbo dolor y fue hundiéndose implacablemente en un vacío insondable, que se parecía mucho a un pozo sin fondo, oscuro y lleno de sombras. Hasta entonces habían sido maravillosamente felices.

Aproximadamente un año después, su padre conoció a Cliff Porley. Fue en uno de sus viajes a Australia, como médico de una expedición. Por aquel entonces Adrianne permanecía internada en un colegio.

Por lo visto, Cliff Porley, un hombre al que todos consideraban un científico de categoría, se sinceró con su padre y empezó a exponerle su teoría, su tesis respecto a cierta clase de pulpos.

Era una idea al parecer absurda, que nadie de buenas a primeras se hubiera atrevido a considerar, menos aún a aceptar, pero el doctor Woodyn se entusiasmó con la idea y le ofreció su colaboración. Juntos podían llegar más fácilmente al éxito.

Tal colaboración fue de inmediato aceptada por Cliff Porley, un hombre de mediana edad, mediana estatura, con barba negra, muy crecida.

Pero el entusiasmo que les unió, había de truncarse súbitamente. Cliff Porley murió. No se supo de qué, ni por qué. Sólo se supo que su cadáver apareció en la playa, devorado por los cangrejos. Por unos cangrejos enormes y voraces que pululaban por aquellas zonas.

Semanas después, el doctor Woodyn regresó a Inglaterra y se refugió en su caserón, cerca de la localidad de Symmingdel. Se llevó consigo una caja de cristal, dentro de la cual se agitaba un pulpo. Se trataba de un pulpo relativamente pequeño.

A partir del día de su regreso al caserón, ya no quiso seguir trabajando para nadie. Decía que tenía que llevar a cabo el experimento... Lo decía y repetía. De esto no le sacaba nadie.

Adrianne salió del colegio y se reunió con él. Fue la única, según opinaron algunos, que hubiera podido hacerle entrar en razón. Ella no lo intentó siquiera. Vio verdadera locura, auténtica demencia, en los ojos de su padre.

Se dijo que todo sería inútil y que lo único que podía hacer por él era quererle y cuidarle.

Pero la situación había de empeorar, y mucho.

Sucedió aquel día festivo, cuando consiguió Adrianne que su padre la llevara al circo, a la feria. Esta se había estacionado allí, muy cerca, en la explanada que había entre Symmingdel y el bosque que aparecía hacia el Este.

Cuando su padre y ella llegaron a aquel lugar, todo era bullicio por allí. Los habitantes de Symmingdel se habían lanzado a divertirse.

Los «tio vivos» iban dando vueltas y más vueltas, mientras sus caballitos subían y bajaban sacando gritos de emoción a los pequeños.

La ruleta de la suerte no cesaba de rodar y rodar. Los afortunados eran pocos, pero todos querían probar fortuna en aquel sencillito e ingenuo azar.

Las casetas de tiro al blanco estaban verdaderamente abarrotadas de público.

Desde la carpa, desde el gran toldo de lona, llegaban los ecos de la primera función. Fragmentos de música, y risas, y enardecidos aplausos. Las gradas debían estar llenas, rebosantes de público. Era fácil deducirlo.

Pero el viejo doctor Woodyn se fijó tan sólo en una caseta donde un rótulo ponía:

«Entra... DORIS verá tu futuro en su bola de cristal.»

Y en ese momento ya nada quiso saber de los «tio vivos», ni de la ruleta, ni de las casetas de tiro al blanco, ni siquiera del propio circo. Todo desapareció de su entorno. Todo dejó de existir a su alrededor. Todo menos:

«Entra... DORIS verá tu futuro en su bola de cristal.»

—Papá, me habías prometido... —Adrianne quiso recordarle que habían acudido allí para algo más que averiguar lo que el destino les tenía reservado.

Pero el viejo Woodyn no se dejó detener y se dirigió rectamente, con la mirada chispeante, hacia la caseta cuyo rótulo había llamado tan poderosamente su atención.

Donde una mujer ya mayor, de largos y ásperos cabellos pelirrojos, evidentemente mal teñidos, que llevaba una túnica de color plateado, les recibió en una penumbra que parecía dar, o querer dar, un toque más de misterio a aquella bola de cristal que se hallaba sobre una redonda mesa, ésta cubierta hasta el suelo por un mantel rojo.

—¿Deseas saber tu futuro, noble y majestuoso señor? —fue la pregunta de la pelirroja Doris, y le indicó una silla, junto a la mesa. Ella estaba ya allí sentada—. Y tú, preciosa jovencita, ¿deseas saber si un hombre joven y guapo...?

—Sólo yo deseo saber lo que el futuro me reserva —dijo el doctor Woodyn.

—Son diez chelines —dijo la pelirroja Doris, que por lo visto tenía la costumbre de cobrar por adelantado.

—Toma —se los entregó sin rechistar.

Lo cierto es que se sentía ansioso, febril, por saber lo que aquella mujer iba a decirle.

Adrianne arrugaba el entrecejo. No le gustaba nada el aspecto sofisticado y embaucador de aquella mujer. Pero lo que le gustaba menos, era saber de fijo que, lo que esa mujer dijera, su padre se lo iba a creer a pies juntillas. Fuera lo que fuera. Se trataba de lo que se trataba.

Así, pues, la muchacha rezó para sus adentros, para que no le dijera nada importante, nada vital.

—Tu futuro está aquí... —empezó diciendo la pelirroja Doris, y pasaba y repasaba sus manos sobre la bola de cristal, dentro de la cual había como una extraña niebla— y yo puedo verlo. ¡Oh, sí, puedo verlo...! Lo estoy viendo ya...

—¡Habla! ¡Habla! —le apremió el doctor Woodyn, y temblaba de emoción. De una emoción que apenas podía contener.

—Veo dinero, mucho dinero... —repuso la pelirroja Doris, y seguía manipulando sus manos sobre la bola de cristal—. Veo tanto dinero en tu poder, que no acierto a imaginar en qué vas a poder gastarlo.

—Sigue, sigue —la apremió de nuevo.

En realidad, los sueños del doctor Woodyn se cifraban en eso, precisamente en eso. En que llegara un día en que tuviera tanto dinero que se hubiera convertido en el hombre más rico del mundo.

—Lo veo claro —la adivina seguía mirando en la bola, en aquella extraña niebla en la que, ciertamente, Adrianne no veía nada—. Lo veo clarísimo... Llegarás a ser fabulosamente rico...

—¿Cómo, cómo lo conseguiré? —preguntó el doctor Woodyn, pero él estaba seguro de ya saberlo.

—¡Pero cuidado! —Exclamó de súbito la pelirroja Doris—. Eso sucederá si tienes cuidado y evitas lo que le sucedió a Acrisio...

—¿A Acrisio? —se sorprendió el viejo doctor Woodyn. En su vida había oído aquel nombre.

Tampoco Adrianne sabía a qué se estaba refiriendo la pelirroja Doris. Quedó a la espera de que siguiera hablando.

—Me estoy refiriendo a la Mitología... —musitó la adivina. Y amplió—: A Acrisio un oráculo le predijo que moriría a manos de su nieto, por lo que encerró a su hija Danae, pero Zeus la fecundó y de esa unión nació Perseo, quien, efectivamente...

El viejo doctor Woodyn sintió como si una espantosa maldición acabara de caer sobre él.

Cuando salieron de la caseta de la adivina, Adrianne quiso quitar importancia a lo sucedido y le dijo:

—Son tonterías, papá. No hay que hacer caso.

Pero su padre había de hacer caso. ¡Y de qué modo! ¡De un modo insensato e irrazonable, pues su padre, desgraciadamente, no estaba en pleno uso de sus facultades mentales.

Desde aquel día, el doctor Woodyn no permitió que ningún hombre se acercara a su hija. Apenas alguno aparecía en el caserón, o por sus alrededores, él salía con una escopeta cargada. Dispuesto a disparar, sin lugar a dudas.

Así pues, hacía ya mucho que Adrianne no hablaba con ningún hombre, a excepción, claro está, de su padre y de Simón, el criado del caserón.

Su vida era un transcurrir monótono, lento, que a menudo le hacía sentirse triste, muy triste.

CAPITULO II

Aquel atardecer, cuando Adrianne levantó la cabeza y miró de nuevo hacia la rocosa costa, se dio cuenta de que su padre ya no estaba allí.

¿Cómo era posible? Acababa de verle, acercándose a una de aquellas grutas. Precisamente a aquella en la cual, según decía, solía reunirse con «Zatte», el pulpo que tenía atemorizados a todos los habitantes de la localidad. A todos menos a su padre, por descontado.

¿Le habría atacado el pulpo?

Fue solo un breve pensamiento.

En seguida lo rechazó.

La explicación estaba en la lancha motora que se iba alejando de la rocosa costa y que desaparecía ya de su radio visual. La lancha pertenecía a Burt Derek, sin duda el joven más guapo de los que ella conocía. Un hombre, empero, con el que Adrianne no se hubiera casado aunque fuera el único que conociera.

Estaba convencida de que era malo, cruel, perverso. Como lo eran sus amigos Robby Remick y Alan Leone. Eran los tres tal para cual.

—Ellos se lo han llevado... —musitó la muchacha, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

—¿Cómo dice, señorita Adrianne? —preguntó Laura, la mujer que atendía los quehaceres domésticos del caserón desde hacía muchos años.

—¿Cómo dice, señorita Adrianne? —inquirió a su vez Simón, el criado.

Este no hacía tanto que servía en la casa. Sólo hacía un par de años que estaba con ellos. Desde que Adrianne le cogió a su servicio para que Laura no tuviera tanto trabajo. A la pobre Laura, de cabellos muy blancos, empezaban ya a pesarle los años.

—Digo —vaciló ostensiblemente la voz de la muchacha— que ellos se lo han llevado...

—¿Quiénes son ellos? —quiso saber Simón—. ¿Y a quién se han llevado?

—Mi padre se hallaba hace unos minutos junto a una de esas rocas y de pronto ya no está. Pero he visto la lancha motora y... —se interrumpió a sí misma—. No debo perder más tiempo. He de buscar ayuda.

Se apresuró a separarse del ventanal, a acercarse a una pequeña mesita y a buscar en el listín telefónico. Sus dedos temblaban al girar las hojas.

—¿Qué busca, señorita Adrianne? —la criada no acertaba a imaginarlo.

Tampoco Simón, el criado, porque su pregunta fue la misma.

—¿Qué busca?

—Necesito que un detective se haga cargo de esto —dijo la muchacha.

—Si cree que a su padre ha podido suceder le algo malo, lo razonable es avisar a la policía —opinó Simón.

La muchacha le miró, y al reparar en su expresión de perro fiel y bondadoso, pensó que tenía razón, que avisar a la policía era lo sensato, lo

correcto. Acababa de darle un buen consejo.

Pero no, ella prefería entendiérselas con un detective privado, con alguien a quien pagara y a quien pudiera exigir la máxima discreción. Meter a la policía en aquello, equivalía a que todos se enteraran de que su padre estaba loco. En tal caso le ingresarían en centro psiquiátrico y ella no quería que esto sucediera. Deseaba que siguiera viviendo allí, en el caserón, mientras ella le prodigaba todos sus cuidados y todo el cariño de que era capaz. Y era capaz de mucho, pues quería a su padre con toda su alma. A pesar de que su padre, obsesionado por el vaticinio de la adivina de la feria, la pelirroja Doris, le tuviera alejada de todos los hombres.

—Prefiero un detective —dijo Adrianne al ver que el criado esperaba una respuesta.

—A su gusto debe ser —repuso éste, y habiéndole dado su opinión, ya no quiso meterse más en el asunto.

Tampoco quiso meterse en dicha cuestión la criada, así que ambos se retiraron. Y entonces Adrianne quedó libre para hojear y buscar en el listín telefónico.

Pero había una larga lista de detectives. Verdaderamente más larga de lo que podía esperarse. ¿Por cuál se decidiría?

Llena de nervios, de excitación, convencida de que perder tiempo podía tener fatales consecuencias para su padre, se decidió por el primero de ellos.

—¿Detective Young...?

Resultó que el tal detective no estaba en aquellos momentos en su despacho. Si llamaba a la noche, entonces podría hablar personalmente con él. Así se lo dijo su secretaria.

No podía esperar tanto. Adrianne disco, de nuevo y con el auricular pegado al oído, quedó expectante, ansiosa por oír si le respondían.

—¿Detective Taylor...?

Tampoco tuvo suerte en esta ocasión. El detective en cuestión no podía aceptar nuevos casos, totalmente imposible. Se hallaba abrumado de trabajo.

Disco otro número. Lo intentaría de nuevo. Alguien tenía que poder ponerse a su disposición.

—¿Detective Ferwill...?

—Sí, yo mismo —le respondió una agradable voz varonil—. Dígame.

—Necesito sus servicios —le hizo saber sin necesidad de más.

—De acuerdo —respondió la voz del hombre.

—Se trata de un caso urgentísimo —observó la muchacha.

—Estoy dispuesto a ponerme a su disposición cuando usted guste —le hizo saber.

—Ahora mismo —puntualizó ella.

—Usted manda —dijo el detective. Y añadió: ¿Qué es lo que debo hacer?

—En principio, debe dirigirse a Symmingdel —empezó a decirle Adrianne—. Es una localidad situada a...

—Sé donde está situada —le interrumpió el detective Ferwill.

—Antes de llegar, cerca de la rocosa costa, verá usted un caserón. Aquí vivo yo.

—¿Qué quiere que haga, ir a visitarla? —preguntó.

—A cien por hora —quiso darle a entender que debía hacerlo todo lo aprisa que pudiera.

—Nunca conduzco tan despacio —repuso el detective—. Iré a un mínimo de ciento veinte. Así, pues, antes de tres cuartos de hora me tendrá allí.

—Quedo esperándole.

—¿Por quién pregunto...? —necesitaba saberlo.

—Adrianne Woodyn —y para que no albergara dudas respecto a nada—: Le estaré esperando. Yo misma saldré a recibirle.

—De acuerdo.

Cuando la muchacha colgó el auricular, se preguntó cómo debía ser el detective Ferwill, Lawrence Ferwill. Se lo imaginó de unos cuarenta y cinco años, grueso, de mediana estatura, algo calvo, bien vestido y con cara de listo.

Desde luego se estaba equivocando de medio a medio. Su imaginación no se había ajustado en absoluto a la realidad. Lawrence Ferwill tenía veintiocho años, medía un metro ochenta, era delgado y atlético, vestía de forma informal, y podía darse el lujo de lucir una abundante cabellera de color castaño oscuro. En lo único que Adrianne acertó era en que tenía cara de listo.

De saber cómo era el hombre que acababa de contratar y del impacto, sumamente favorable que a ella iba a producirle, la muchacha sin duda se hubiera arreglado un poco antes de su llegada.

Pero al no saberlo, siguió vestida como estaba, con pantalones téjanos y un sencillo jersey a rayas. El cabello rubio, suelto, descuidadamente peinado.

Lo cierto es que estaba demasiado angustiada para pensar en otra cosa que no fuera la vida de su padre. Uña vida por la que estaba temiendo seriamente.

¿Por qué?

¿Simplemente porque le había visto en la rocosa costa y de pronto había dejado de verle?

No, no por eso. Podía muy bien estar tras cualquiera de aquellas piedras, en el interior de cualquiera de aquellas grutas. Más de una vez había permanecido horas y horas sin dejarse ver.

Si en esta ocasión la muchacha se había angustiado tanto, era porque había visto la lancha motora. Y esto podía significar algo horrible. Lo sabía.

No en vano aquella noche...

* * *

Aquella noche, de eso haría un par de semanas, Adrianne había sentido la tentación de escapar del caserón. Una tentación irresistible, que le hizo salir sigilosamente por la puerta de atrás y alejarse de allí cada vez más aprisa.

No pretendía hacer nada malo, ni verse a escondidas con nadie. Sólo

deseaba no saberse vigilada por su padre, respirar libremente el aire de aquella noche cálida, tibia, y poder contemplar a sus anchas, no como encerrada en una mazmorra, las estrellas que brillaban en el cielo.

Su intención era regresar pronto al caserón, a su casa. Comprendía que no eran horas de que una muchacha de su edad fuera de aquí para allá.

No obstante, aquella sensación de libertad resultaba tan grata, tan agradable, tan placentera, que sin darse cuenta se alejó demasiado. Así que llegó hasta el bosque, donde reinaba un silencio absoluto.

Bueno, no tan absoluto. A ratos el viento agitaba las ramas de los árboles, haciendo susurrar a las hojas.

De pronto oyó aquellas risas, y Adrianne se quedó de una pieza. Muy asustada, ésta es la verdad. Si bien, en principio, parece que unas risas no puedan asustar a nadie.

¡Pero eran aquellas unas risas tan sobrecogedoras, tan repelentes! Sí, ciertamente lo eran.

Y a Adrianne no le extrañó la sensación recibida, cuando, luego de haberse protegido tras unos matorrales, vio como relucía, más 3Ūá, una pequeña hoguera, y cuando vio, por lo i demás, quienes eran los que se reían de aquella manera.

Eran Robby Remick, Alan Leone y Burt Derek...

Los tres, borrachos, estaban sacando a relucir sus últimas aventuras eróticas. Tan eróticas que más de una mujerzuela se hubiera sonrojado al oírlas.

Pero tras aquellas explicaciones cambiaron de tema.

Y la siguiente conversación había de llegar perfectamente audible hasta la muchacha,

—No podemos consentir que la situación siga de este modo. Su proceder es intolerable —había sido la voz de Burt Derek, el guapo del grupo.

—Es una situación totalmente intolerable, estoy contigo —ratificó el jovencito Alan Leone, que se disponía a descorchar una nueva botella de whisky.

—Pero no podemos hacer nada... —repuso el alto y rubio Robby Remick.

—Yo estoy enamorado de Adrianne —dijo Burt Derek—, y os lo hago saber, no me resigno a que su padre me aparte de ella.

—Yo también estoy enamorado de Adrianne —ratificó Alan Leone—, y tampoco puedo resignarme a que las cosas sigan así.

—Pero si su padre se nos presenta con una escopeta en las manos cada vez que nos acercamos al caserón, ¿cabe, acaso, alguna posibilidad para nosotros? —preguntó Robby Remick.

—A mí —dijo Burt Derek— se me ha ocurrido una idea.

Adrianne seguía protegida tras aquellos matorrales, relativamente cerca del lugar donde se habían reunido aquellos tres hombres. A quienes había reconocido perfectamente, pues aunque la hoguera apenas alumbraba, esparcía suficiente claridad a su alrededor. La muchacha quedó a la espera de

las siguientes palabras.

—¿Qué idea se te ha ocurrido? —oyó que preguntaba Robby Remick.

—Di lo que sea... —pareció apremiarle Alan Leone.

Burt Derek soltó una nueva risa, que sonó, como las otras, como las que antes oyera la muchacha, de un modo sobrecogedor, repelente.

—Podríamos, de común acuerdo, colaborando juntos, suprimirle...

Adrianne sintió como si un latigazo le hubiera dado en la mitad del cuerpo intentando partirla en dos.

—¿Suprimirle? —preguntó Robby Remick.

—Matarle —aclaró Burt Derek—. Así acabaríamos de una vez por todas con una situación ridícula, absurda.

Adrianne se había puesto a temblar, y tanto y de tal modo, que temió mover los matorrales y descubrir su presencia allí.

—Yo también estoy enamorado de Adrianne —oyó como decía Robby Remick— pero de eso a matar a su padre...

—A mí tampoco me seduce la idea —dijo Alan Leone, tras unos instantes de pausa—. Se ve que has bebido demasiado, Burt, y no sabes lo que...

—¡Lo sé perfectamente! —Exclamó el aludido—. ¡Y sé también que os convenceré! Me costará, pero llegará un momento en que me secundaréis! ¡Lo sé!

—Aun admitiendo que aceptáramos y lleváramos a cabo tu idea —observó Alan Leone, en el fondo, quizá, ya algo influenciado por la sugerencia—. Después, ¿qué? ¿Para quien dé los tres había de ser Adrianne?

—Para quien ella eligiera —dijo Burt Derek—. Esto ya no admite discusión.

—Creo —dijo el alto y rubio Robby Remick— que me preferiría a mí.

—Estás equivocado, Robby —repuso el jovencito Alan Leone—, el escogido sería yo.

—Los dos estáis en un gran error —sentenció el guapo Burt Derek—. Adrianne querría casarse conmigo.

A partir de entonces, la muchacha no pudo oír lo que decían. Por lo visto el viento cambió de dirección y se llevó hacia el otro lado las voces de sus admiradores. De sus siniestros y perversos admiradores.

Adrianne solo supo que siguieron bebiendo whisky, y más whisky, y que si al encontrarles estaban ya borrachos, acabaron tan ebrios, tan total y absolutamente ebrios, que sólo acertaban a dar tumbos de un lado para el otro.

Finalmente apagaron la hoguera y se marcharon de allí.

Adrianne, entonces, salió de su escondrijo tras aquellos matorrales y regresó al caserón.

Regresó con el corazón encogido, achicado. ¿Debía tomar en consideración lo oído? ¿Intentarían cumplir sus amenazas, llevarlas a cabo?

No, claro que no. Estaban borrachos y no atinaban a hablar con cordura. Quiso al menos convencerse de ello.

Pero al atardecer, al levantarla cabeza y mirar de nuevo hacia la rocosa

costa, y al ver que su padre ya no estaba allí... Y al ver cómo la lancha motora de Burt Derek se alejaba...

Sí, entonces comprendió que había pecado de ingenua, de confiada, y que aquellas amenazas habían ido en serio, totalmente en serio.

Por eso se dio prisa, mucha prisa, en ponerse en contacto con un detective. Con Lawrence Ferwill.

Ojalá fuera el hombre idóneo para salvarla. O mejor dicho, para salvar a su padre.

Estaba asustadísima.

CAPITULO III

En medio del agua limpia, transparente, el viejo doctor Woodyn seguía desorbitando los ojos y desencajando las pupilas...

¿Cuánto tiempo hacía que permanecía allí, en el fondo, junto a aquella arena finísima, cerca de un compacto núcleo de algas, junto a esa decorativa planta acuática, de finos y delicados colores, que se mecía suavemente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha^ pareciendo el abanico de una elegante dama del siglo pasado?

¿Cuánto tiempo hacía que a su alrededor cruzaban diminutos peces, a docenas, a cientos, muy unidos?

Quería creer que poco. Que apenas unos minutos.

Pero sabía que hacía mucho. Quizá ya una hora.

En tal caso, la botella de aire comprimido se hallaría a punto de consumirse y su fin estaría próximo.

Estaba resultando una agonía espantosa, demencial.

Pesaban horriblemente los grilletes, las cadenas y las bolas de hierro. No había forma humana de poder elevarse, de dejar el fondo. Por lo que, antes o después claro está, le faltaría el aire y todo acabaría. Tenía forzosamente que acabar.

Era tanto el miedo, el pánico que experimentaba el viejo doctor Woodyn ante su ya inminente muerte, que lo cierto es que por dentro aullaba como alma torturada por el fuego del Infierno.

Poco después, el doctor Woodyn empezó a pensar, a recordar. Bueno, a recordar y a pensar hasta donde su cabeza le daba. Últimamente su mente estaba muy poco lúcida y él era el primero, ahora, en darse cuenta de ello. No reconocía a las personas, a ratos se olvidaba de su propia vida, incluso de su propio pasado, y todo cuanto le rodeaba le parecía a veces completamente falso, como si de una vida falsa se tratara.

Sólo tenía bien presente dos cosas.

La primera, que Adrianne era su hija y que no debía dejar que ningún hombre le hiciera el amor. No debía quedar embarazada. De tener un hijo, éste sería su nieto... Y la pelirroja Doris, la adivina de la feria, se lo había dicho bien claro... Más claro no pudo decírselo...

La segunda, que él podía conseguir, con una raza especial de pulpos, con los «Octopodus dofleini», lo mismo que el científico Cliff Porley. Lástima que éste muriera, devorado por los cangrejos, antes de enseñarle todo lo que sabía. Pero a pesar de eso conseguiría, estaba seguro, que el triunfo coronara sus esfuerzos.

Bueno, esto es lo que pensaba antes.

¿Qué pensaba ahora?

¿Qué podía pensar, condenado a un fin tan próximo, tan inexorable y tan terrible?

Sin embargo, era ahora, precisamente ahora, cuando el doctor Woodyn sentía más clara su cabeza. Como si ahora todo funcionara mejor dentro de su mente.

Decían que estaba loco. Lo decían unos y otros, la mayoría de cuantos le conocían. Si no había sido recluido en un sanatorio psiquiátrico, era porque la buena de Adrianne aceptaba su manera de ser y sus exigencias, con naturalidad, y si alguien le preguntaba por él, por su salud mental, se limitaba a responder que tenía sus manías, pero que estaba bien. En cuanto a Laura, la criada de tanto tiempo, de cabellos muy blancos, y en cuanto a Simón, el criado que estaba con ellos desde hacía un par de años, no le llevaban nunca la contraria. Era esto lo que deseaba Adrianne y era esto lo que ellos hacían.

Lo comprendió así el doctor Woodyn, allí dentro, en el fondo del mar. Cuando ya era tarde para demostrar que aún estaba lo suficientemente cuerdo para hacerse cargo de según qué cosas.

Pero estaba loco. Esta es la verdad. Loco de remate. Su caso ya no tenía solución, por más que ahora, por unos instantes, la cordura hubiera parecido haber vuelto a él.

De pronto, el doctor Woodyn sufrió una sacudida, un brinco, un violento respingo.

Acababa de ver a «Zatte». Lo reconoció en seguida. Ningún pulpo podía ser tan grande y monstruoso como aquél. Debía medir como mínimo diez metros de diámetro.

El pulpo se fue acercando a donde él se hallaba, arrastrándose sobre la fina arena más que nadando. Sus ocho tentáculos se movían de un modo capaz de estremecer a cualquiera.

Pero no al viejo doctor Woodyn. Todo lo contrario. Desde aquel mismo momento supo que existía una posibilidad de salvación para él. Claro que él, hasta entonces, se había comunicado con «Zatte» a través de la voz, haciéndole llegar sonidos guturales. Sonidos que el científico Cliff Porley le había enseñado a proferir y que en sí mismos encerraban muy diversas tonalidades. Se parecían mucho entre sí, pero a la vez se diferenciaban enormemente.

Eran unos sonidos que el pulpo captaba e interpretaba, obedeciendo las órdenes recibidas. O al menos empezaba ya a obedecerlas...

Pero ahora, en este caso concreto, ¿cómo iba a conseguir que aquellos sonidos guturales llegaran hasta el pulpo?

Se había hecho tantas ilusiones.

Todo seguía irremisiblemente perdido para él.

Incluso, quizá le llegaría otra muerte peor a la ya esperada. Porque «Zatte» seguía acercándose a él. Estaba ya allí.

Puede que le atrapara con sus enormes tentáculos, que le apretara y que le aplastara como a un pobre gusano. Puede que con sus descomunales ocho tentáculos, le dejara convertido, en breves segundos, en pura papilla.

Ante esta idea se sintió de nuevo lleno de miedo.

Pero así que el pulpo llegó a su lado, le enlazó por la cintura con uno de sus tentáculos, pero lo hizo con suavidad, con cuidado, y le sacó del lugar en que se hallaba.

Se trataba de un enorme y monstruoso pulpo, con fuerza descomunal, por lo que, para él, no significaban nada aquellos grilletes, ni aquellas cadenas, ni tampoco aquellas dos bolas de hierro. Como si hubieran sido de goma.

Al viejo doctor Woodyn le faltaba ya el oxígeno. En la botella que habían colocado a sus espaldas empezaba a agotarse el aire comprimido.

Pero «Zatte» estaba ya subiéndole a la superficie y en seguida podría respirar por sus propios medios.

Así pudo hacerlo instantes después, en efecto. «Zatte» había actuado del modo más inteligente, igual que si de un ser humano se tratara.

Seguidamente le llevó hasta la costa, dejándole allí, sano y salvo, sobre una roca.

No le costó hacerlo. Ocho enormes tentáculos, provistos de poderosas ventosas, eran más que suficientes para semejante tarea.

Después, el pulpo se hundió de nuevo en el mar y desapareció.

* * *

Lawrence Ferwill detuvo el coche en la carretera, cerca del caserón que veía situado en la rocosa costa.

Apenas se apeó, echó una mirada a su alrededor, en su entorno, queriendo aquilatar el ambiente que le rodeaba.

Hecho esto, se dirigió con largas zancadas hacia el caserón, cuya puerta acababa de abrirse dejando ver aparecer una deliciosa silueta de mujer enfundada en unos pantalones téjanos y en un sencillo jersey a rayas.

Apenas llegó hasta allí, junto a la puerta del caserón, se vio interpelado por la guapa muchacha. ¡Y tan guapa! ¡Guapísima!

—¿Detective Ferwill...?

—Sí —e inquirió por su parte—. ¿Es usted la señorita Woodyn? ¿Adrianne Woodyn?

—En efecto. Pase usted.

Sin necesidad de más se habían gustado, y no poco, ciertamente. En cualquier otra circunstancia, al joven detective le hubiera faltado tiempo para demostrárselo así a la muchacha y a ella, qué duda cabe, no le hubiera importado en absoluto dar a entender al recién llegado que le caía muy bien.

Pero la situación no era a propósito para andarse con florituras, así que lo normal era ir al grano.

Adrianne le hizo entrar en el caserón, rogándole que pasara, seguidamente, al salón.

Lawrence Ferwill le había seguido, pero mirando a un lado y al otro. Quería hacerse cargo de cómo era aquella casa.

—Siéntese, por favor. Y escúcheme sin pérdida de tiempo. Necesito que en

seguida lo sepa todo y pueda aconsejarme antes de que sea tarde... —empezó a decir la muchacha.

—Quedo pendiente de sus palabras.

Adrianne le explicó toda la historia, desde el principio hasta lo que podía considerarse final. De momento, al menos.

Una historia que de buenas a primeras a Lawrence Ferwill se le antojó un poco trastocada. Se le antojó confusa, excéntrica, sin verdadero sentido. Pero, claro, sabía por experiencia que los seres humanos, con sus auténticos argumentos, a veces forjan historias que ciertamente traspasan los límites de lo inaudito e incomprensible.

—Bien, bien... —dijo finalmente.

—Supongo —repuso Adrianne— que no ha terminado de creerme, ¿verdad?

—Sí, sí... —aseguró el detective.

—No resulta fácilmente creíble —ella se hacía cargo— que mi padre no me deje tratar con ningún hombre por miedo a tener un nieto que luego, con el paso de los años, se convierta en un asesino... Pero se lo he dicho ya, mi padre no está bien de la cabeza. Desde que perdió a mi madre, a la que adoraba...

—La he creído, señorita Woodyn —le aseguró.

—Llámeme Adrianne, se lo ruego.

—De acuerdo.

—Y aún resulta más difícil de creer, o de aceptar, que mi padre quiera hacer de un pulpo horrible y monstruoso, que es el terror de toda la localidad, su amigo... —añadió la muchacha—. Pero es cierto, se lo aseguro. Desde que el científico Cliff Porley le puso al corriente de sus estudios, mi padre no vive con otra idea en la cabeza.

—Pero su cabeza funciona mal —puntualizó Lawrence Ferwill—. Usted misma lo ha dicho.

—Sí, señor Ferwill.

—Mi nombre es Lawrence —y añadió con una expresión sumamente agradable—: No se preocupe, ahora me tiene a mí a su lado, ya no está sola. Pero, dígame, respecto a esos tres admiradores que usted tiene, cuya conversación sorprendió... Por cierto —aclaró—, conste que no me extraña nada que guste tanto a esos tres hombres. ¿Sabe una cosa, Adrianne? Es usted la muchacha más guapa que mis ojos han contemplado.

—No exagere...

—¡Si me he quedado corto, se lo aseguro!

—Gracias... —le agradeció el cumplido.

—Pero, bueno, volvamos a sus ~ tres admiradores, a los que usted cree capaz de haber llevado a cabo la idea que propuso uno de ellos, el que se llama Burt Derek, ¿no es eso?

—Sí. ¿Qué desea saber de ellos?

—Lo primero, ¿alguno de los tres le gusta a usted?

—No, ninguno —la respuesta no dejaba lugar a dudas.

—¿Se lo ha dicho así a su padre? —preguntó.

—No. Desde hace mucho tiempo mi padre no se aviene a razones. Así, que, no me he molestado en convencerle de ello. De nada me hubiera servido.

—Desde luego, resulta evidente que tiene usted un carácter muy resignado, muy paciente —dijo él—. Otra muchacha no hubiera aceptado una situación como la que su padre le ha impuesto.

—Yo quiero mucho a mi padre —repuso ella—. ¡Por eso me asusta la idea de que esos tres...! —no acabó de hablar, quedándose con la angustia atravesándole la garganta.

Lawrence Ferwill fue a decir algo, pero no lo dijo. En aquel momento se oyeron las voces de Laura, y de Simón, los dos sirvientes de la casa.

—¡Señorita Adrienne! —Gritaba Laura—. ¡Su padre ha regresado!

—¡Señorita Adrienne! —Gritaba a su vez Simón—, ¡A su padre no le ha sucedido nada!

Pronto pudieron constatar la veracidad de tales palabras. Así que salieron del caserón por la puerta trasera, viendo al viejo doctor Woodyn sobre una de las rocas de la costa.

—Pero..., pero... —tartamudeó Adrienne, pasmada ante lo que sus ojos contemplaban—, ¿qué es lo que lleva sujeto a los tobillos?

—Son unos grilletes —dijo Lawrence Ferwill.

—Con sus correspondientes cadenas y sus bolas de hierro —repuso Simón, parpadeando—. ¿O acaso no veo bien?

—Como un preso de otros tiempos —musitó Laura.

En aquel momento, pasando muy cerca de la rocosa costa, apareció la lancha motora. Esa lancha que pertenecía a Burt Derek y que llevaba en su interior a sus dos amigos.

Así, pues, fue el joven Alan Leone, y el alto y rubio Robby Remick, así como el mismo dueño de la lancha, quienes, al ver sobre una roca a quien creían en el fondo del mar, ya muerto, creyeron que estaban ante una auténtica aparición.

Una enloquecedora aparición, ya que aquel hecho no tenía explicación posible. ¿Cómo había podido llegar a la superficie, y luego hasta la roca, con aquellas cadenas y aquellas dos bolas de hierro?

Los tres ocupantes de la lancha motora se pusieron a temblar. Como tres condenados a muerte a quienes ya les hubiera llegado la hora fatídica.

El viejo doctor Woodyn, al verlos, empezó a vociferar:

—¡Asesinos! ¡Sois unos asesinos! ¡Los tres...! pero me i vengaré, me vengaré de vosotros... ¡Uno a uno os iré eliminando... —y sus gritos eran cada vez más fuertes, parecían ir de un lado a otro de la rocosa costa—. Nunca consentiré que os acerquéis a mi hija. ¡Nunca!

—¡Vayamos a su lado! —exclamó Adrienne, pensando sin duda en calmar a su padre. Pero se volvió hacia el detective y le dijo—: Usted no... De momento es mejor que no intervenga... Ya sabe que mi padre no quiere que

ningún hombre se me acerque... Mire, hagamos una cosa —improvisó—: espéreme esta noche, a eso de las doce, en el hotel de Symmingdel, en la barra del bar. Sólo hay un hotel en la ciudad, así que no puede haber confusión. Allí nos encontraremos y acordaremos lo más conveniente.

—De acuerdo —repuso Lawrence Ferwill.

Pero no se retiró de donde estaba. Si bien se quedó dispuesto a hacerlo antes de que su presencia fuera advertida por aquel viejo que, a juzgar por lo que estaba viendo, y oyendo, distaba mucho, en efecto, de estar en su sano juicio.

Ahora bien, ¿qué misterio era aquél...? ¿Qué hacía allí, sobre una roca, con grilletes, cadenas y bolas de hierro a sus extremos?

La imaginación no le respondía.

Pero le respondió, o al menos como si lo hiciera, la voz del viejo que seguía gritando a los perplejos y asustadísimos ocupantes de la lancha motora.

—Me creíais en el fondo del mar, donde cruelmente me arrojasteis, ¿verdad?. Me creíais ya muerto, ahogado, ¿eh?. Pues no, sigo vivo. ¿Sabéis cómo he conseguido salvarme? No tengo inconveniente en decíroslo. Ha sido «Zatte» quien me ha sacado de las profundidades y quien me ha traído hasta aquí.

—¿Quién es «Zatte»? —preguntó Burt Derek, tragando la saliva con dificultad.

Poco antes, Burt Derek había detenido la marcha de la lancha motora. Sin duda para no tener dudas de lo que estaba viendo.

—El viejo llama así al pulpo... A ese enorme y monstruoso pulpo que más de uno asegura haber visto por aquí —respondió Alan Leone, éste sintiendo muy seca la boca.

—El viejo ha asegurado en infinidad de ocasiones que él y el pulpo acabarían siendo buenos amigos. ¿Creéis que eso es posible? —tembló como el azogue la voz de Robby Remick.

—¡No digas insensateces! —barbotó Burt Derek.

—Entonces, ¿cómo debemos explicarnos...? —preguntó Alan Leone.

—No tiene explicación —se angustió Robby Remick.

Sobre la roca, el doctor Woodyn empegó a sacar de su garganta sonidos extraños, guturales. Todo lo fuerte que podía emitirlos.

Ya para entonces Adrienne estaba a su lado.

—¡Oh, papá, qué susto me he llevado! —exclamó la muchacha abrazándole. Pero de inmediato—: ¿Qué significan estos raros sonidos que estás sacando de tu garganta, papá...? ¿Qué es lo que haces?

—Con estos sonidos me comunico con «Zatte» —le explicó el viejo doctor Woodyn—. «Zatte» es el pulpo... Le estoy llamando, ¿sabes? Le estoy diciendo que vuelque la lancha motora y que acabe con uno de esos tres... Para empezar, con uno de esos tres...

No hizo falta que prosiguieran sus sonidos guturales, que se parecían mucho entre sí pero que a la vez se diferenciaban enormemente.

De pronto surgió del mar un largo y terrible tentáculo, que como un látigo poderoso y siniestro se enroscó furiosamente a la lancha motora.

Los tres ocupantes gritaron horrorizados.

El descomunal tentáculo, que tenía una infinidad de ventosas en doble hilera, se pegó, se adhirió inexorablemente a la lancha motora, y como sea que el monstruo tirara fuertemente hacia sí, la embarcación volcó.

Burt Derek cayó al agua desquiciado por el espanto. La posibilidad de una muerte como aquélla, se le metió en el cuerpo como un desgarró infernal. A pesar de la borrachera, encontró sobradas fuerzas para ponerse a nadar rápidamente hacia la costa.

Robby Remick por su parte, hizo otro tanto. Los vapores del alcohol habían desaparecido. A la desesperada empezó a bracear. La ocasión no daba opción, verdaderamente, a otra alternativa. Vacilar era caer inexorablemente en poder del pavoroso monstruo.

En cuanto al jovencito Alan Leone, no pudo imitarles. Así que cayó al agua y empezó a desaturdirse de la bebida ingerida, se sintió cogido por uno de aquellos ocho diabólicos tentáculos, cuyas ventosas, pegadas absorbentemente a su cuerpo, le llevaron hacia la boca del monstruo.

Alan Leone lanzó un alarido horrible, que sonó sobre la superficie de un mar que empezaba a no mostrarse ya tan apacible y sosegado. Sonó como pueda hacerlo un grito horrendo, pavoroso, que lleva consigo la propia muerte.

Ya en la boca del monstruo, éste inyectó a su presa el veneno producido por su glándula salival, como hacía con otras presas para atontarlas y luego matarlas.

Desde la costa, contemplando aquel espectáculo, el viejo doctor Woodyn se reía a carcajadas. Parecía no haber disfrutado tanto en su vida.

Burt Derek y Robby Remick habían llegado a la rocosa costa, jadeantes, sofocados, apenas pudiendo respirar. Ellos estaban a salvo. Instantes después, echaban a correr hacia sus casas. Huían como si el mismísimo diablo les persiguiera.

Al doctor Woodyn le bastaba, de momento, con ver lo que sucedía al jovencito Alan Leone, uno de los tres admiradores de su hija. Seguía riéndose a carcajadas.

—No se ría así, señor —le suplicó Simón, que en aquellos momentos se les había reunido—. Va a ser una muerte horrible...

—Espantosa —añadió Laura, que asimismo acababa de llegar allí.

—¿Y la muerte que ellos me habían preparado a mí? —Barbotó el doctor Woodyn—, ¿Acaso esa muerte no hubiera sido también horrible, espantosa...?

Pero nadie podía creerse que «Zatte» le hubiera sacado del fondo del mar. Nadie lo creía, por más que, al parecer obedeciendo a sus sonidos guturales, el pulpo estuviera siguiendo al pie de la letra sus órdenes.

Alan Leone se hallaba ya entre ocho tentáculos demolidores. Unos y otros le aprisionaban sin piedad.

Volvió a gritar, volvió a dejar oír unos auténticos y pavorosos alaridos. Su miedo era demencial, horrible.

En medio de sus gritos quiso, empero, salvarse, luchar.

Pero la lucha apenas duró.

Bien mirado no hubo lucha.

El pulpo le hundió en el agua y allí le destrozó sin contemplaciones. Le aplastó sin piedad.

Poco después, el pulpo dejaba en la rocosa costa el cadáver de Alan Leone.

Lo que quedaba de él.

Apareció un cuerpo destrozado, aplastado, materialmente reventado por todas partes. Todo él era un informe montón de carne. Debía tener todos los huesos rotos. Por lo demás, ya no había ojos en sus cuencas, ni nariz en su cara, y la boca era solo un boquete horrendo donde apenas quedaban dos o tres dientes.

El doctor Woodyn dejó de reírse a carcajadas para decir:

—Uno menos.

* * *

Simón había ido a buscar una lima y estaba intentando allí mismo, sobre la roca, quitar los grilletes que rodeaban los tobillos de su señor.

Adrianne seguía al lado de su padre, esperando que quedara libre de los grilletes para acompañarle al caserón.

En eso, su padre volvió a proferir aquellos sonidos extraños, guturales.

—¿Otra vez, papá? —Se asustó, se angustió la muchacha—. ¿Qué pretendes ahora?

Ella no podía admitir que tales sonidos hubieran sido los causantes de que el pulpo volcara la lancha motora y acabara con la vida de Alan Leone. Aunque las apariencias así lo indicaban, no podía admitir semejante cosa. Pero le llenaba de desazón que su padre volviera a emitir tales sonidos. Solo de oírlos se estremecía hasta la médula de los huesos.

—Ahora pretendo algo mejor... Le estoy diciendo a «Zatte» que busque en el fondo del mar... Que busque bien y que si ve algún cofre lo coja y me lo traiga... En los cofres siempre hay oro o joyas, ¿no?

—Papá, por favor... —suplicó la muchacha—. Ese pulpo no puede entenderte... Lo de la lancha motora ha sido una casualidad.

Limando con fuerza, sin apenas detenerse, Simón había conseguido finalmente quitar los grilletes de los tobillos de su señor.

—Ya está, señor.

—Te acompaño, papá —dijo Adrianne—. Apóyate en mí. Anda, vamos... —y le trataba como a un pobre enfermo.

El viejo doctor Woodyn miró una vez más el cadáver de Alan Leone y volvió a reírse a carcajadas.

Lawrence Ferwill había retrocedido. El dueño del caserón no debía verle,

debía ignorar su presencia.

Pero había retrocedido por el otro lado del caserón, desde donde podría seguir viendo y oyendo lo que el doctor Woodyn dijera. Por lo menos mientras no entrara en la casa.

De pronto le oyó gritar. Pero de júbilo, de alborozo, de alegría. De una alegría verdaderamente inenarrable.

Se había dado cuenta de que el pulpo, «Zatte», se había dejado ver de nuevo. Esta vez llevaba, en uno de sus tentáculos, un pequeño cofre. Bueno, no tan pequeño. Lo parecía sin duda debido a lo enorme que era el tentáculo.

«Zatte» dejó el cofre sobre una de las rocas y una vez hecho esto se hundió, desapareció de nuevo en el mar.

—¡Es un cofre! ¡Es un cofre! —El doctor Woodyn se puso a gritar como si acabara de volverse loco, cuando en realidad, sin duda, hacía ya mucho tiempo que lo estaba—. ¿Qué habrá dentro?... Vete a buscarlo, Simón... —le ordenó a su sirviente.

A Simón se le notó algo vacilante, algo medroso. Aquello le casaba aprensión. Ciertamente no acertaba a explicarse todo lo sucedido y eso debía ser el motivo de que sintiera un profundo malestar, que evidentemente expresaba.

—Sí, señor —se limitó, no obstante, a responder. — Ahora mismo voy a recogerlo.

Cuando el doctor Woodyn abrió el cofre y vio lo que contenía, un nuevo grito salió de su garganta. Pero este grito también era de regocijo, de alborozo, de plena y total felicidad.

Aquel cofre estaba lleno, a rebosar, de monedas de oro. Monedas antiguas, sin duda tendrían varios siglos de existencia.

CAPITULO IV

El doctor Woodyyn se había acostado. Se sentía exhausto después de todos aquellos acontecimientos.

Adrianne había telefoneado a la policía, explicando lo sucedido a la lancha motora.

—Pero no diga nada de los sonidos guturales de su padre —le había aconsejado el criado—. Eso no hará más que complicar la situación.

—Sí, claro —asintió ella—. Además, que todos sabemos que eso en verdad no significa nada... Lo que dice mi padre no puede ser...

—No opinará lo mismo Burt Derek, el dueño de la lancha motora, y Robby Remick, su amigo. Ellos, supervivientes del terrible hecho, lo contarán todo de muy distinto modo. Pero, claro —dedujo Simón—, la policía no tomará en consideración sus declaraciones, creerán que deliran.

—Sí, claro —volvió a decir ella.

—De todos modos, señorita Adrianne —dijo Simón— y entre nosotros, yo no lo veo claro... Quiero decir —vaciló— que no sé exactamente si su padre tiene o no ese poder... Primero lo de la lancha motora y la muerte de Alan Leone... Después lo del cofre de oro... Son ya demasiadas coincidencias, ¿no cree?

—Sinceramente —reconoció Adrianne, sobrecogida—, ya no sé qué pensar.

—Voy a permitirme darle un consejo... —empezó a decir.

—Dime, Simón —y mirando su expresión de perro fiel y bondadoso, se dijo que sin duda valía la pena que le escuchara.

—Yo de usted le daría a Laura un par o tres semanas de descanso, para que repose, para que se recupere. La pobre no termina de encontrarse bien, usted ya lo sabe. Por el trabajo no se preocupe, lo haré yo.

—Pero eso, Simón, ¿a qué viene ahora? —quiso saber la muchacha.

—Viene, señorita Adrianne, a que tengo el presentimiento de que aquí van a suceder cosas horribles... Hoy ha sucedido la primera... Su padre ha dicho que acabará con la vida de los tres, ¿no es eso? Lo hemos oído todos. Y si ciertamente tiene el poder que dice y los elimina... En tal caso, usted necesita que nadie traicione a su padre... Hacerlo así equivaldría a que fuera internado en un sanatorio psiquiátrico para el resto de sus días. Y yo sé —puntualizó el sirviente— que usted no desea eso.

—¡No, no quiero que me separen de mi padre! —Exclamó Adrianne—. Pero a mí me consta que mi padre es un loco inofensivo...

—Yo también quiero creerlo así. De todos modos, le interesa prescindir momentáneamente de Laura. Es una buena mujer, pero habla mucho, demasiado. Eso podría perjudicarle enormemente. A mí me parece —añadió Simón— que a usted le basta con lo que yo pueda ayudarle con mi discreción y con la ayuda eficaz y efectiva de ese detective que ha contratado.

—Estoy citada con él esta noche, en Symmingdel, en el hotel —le comunicó.

—¿Quiere que la acompañe hasta allí? —se ofreció el criado.

—No es necesario. De aquí a Symmingdel hay muy poco trecho. Tú debes quedarte por si mi padre se despierta.

—Lo que usted mande. Pero...

—Pero, ¿qué? —preguntó al ver que Simón se detenía.

—Temo que pueda sucederle algo a usted... —se animó a hablar tras una breve pausa.

—¿A mí? —se sorprendió ella.

—Desde hace varias semanas, un hombre alto, sobriamente vestido, de unos cincuenta años, merodea todas las noches, y durante varias horas, por estos alrededores, ¿sabe? —Le hizo saber—. He querido saber quién era, pero sólo he podido averiguar que es forastero.

—¿Y debo temer algo de él...? —preguntó la muchacha.

—No sé —dijo Simón—. No puedo saberlo. Pero por si acaso, créame, háblele de ese hombre al detective... Será una buena medida de precaución...

Así que fueron aproximadamente las doce menos cuarto de la noche, Adrienne salió del caserón. Su padre dormía profundamente y Laura ya no estaba allí. Había aceptado encantada las vacaciones que le había ofrecido. Sinceramente, no terminaba de encontrarse bien.

Adrienne salió del caserón, convencida de que, en menos de cinco minutos, estaría en Symmingdel. Las luces de la localidad, algunas aún encendidas, las veía allí mismo.

La noche era oscura y había bastante niebla, pero la muchacha no tenía miedo.

Pero cuando oyó que unos pasos la seguían, o por lo menos cuando tuvo la sensación de que era así, se detuvo, sobrecogida, amedrentada.

Siguieron sonando los pasos.

Ya no le cupieron dudas. Alguien la seguía. Alguien iba tras ella.

Respiró hondo, cobró ánimos, y se volvió.

A través de la niebla y de la oscuridad de la noche, una sombra iba directamente a su encuentro.

Habían sucedido últimamente cosas tan insólitas e incomprensibles, a la vez qué tan terribles, que Adrienne, por un momento, se imaginó que, quien la seguía y al parecer deseaba darle alcance, querría acabar con ella, eliminarla. Como el pulpo había acabado y eliminado al joven Alan Leone.

Pero, ¿por qué, alguien, quien fuera, iba a pretender eso? No tenía sentido que lo pensara siquiera.

Siguió sin moverse, queriendo que la persona que se le acercaba llegara hasta ella. Deseaba verla. Pero la verdad es que le costaba serenarse, sentía que las piernas le temblaban.

Pasando unos breves segundos, le tuvo ya allí, ante ella. Se trataba del guapo Burt Derek, el dueño de la lancha motora.

—¿Te has asustado, Adrianne? —fue lo primero que dijo.

—Un poco —reconoció ella.

—Me ha parecido que eras tú y he acelerado el paso para darte alcance. Deseo hablar contigo. Después de todo lo sucedido...

—Ha sido un desgraciado accidente —dijo la muchacha—. Pero sólo eso, así que no comprendo lo que tenemos que hablar tú y yo.

—Tu padre ha asegurado en más de una ocasión que tiene un poder especial sobre ese pulpo —repuso Burt Derek, con el tono brusco—. De ser así, a tu padre deba achacársele...

—No hay que hacer caso de lo que dice mi padre —repuso ella—. Tiene esa manía...

—Una «manía» —recalcó la palabra— que ha costado la vida a mi amigo Alan Leone. Dicho en otras palabras, creo en la culpabilidad de tu padre y pienso exponerlo así a la policía, a menos que tú pongas algo de tu parte...

Sin esperar a más, Burt Derek la estrechó entre sus brazos y quiso besarla a la fuerza.

—Sabes lo que me gustas... Sabes que quiero casarme contigo. ¡Si no fuera por el maldito de tu padre!

—¡Suéltame! —Protestó ella, negándose a recibir el beso—. Y deja tranquilo a mi padre. A mí no me gustas tú, así que mi padre no tiene nada que ver con esto...

—Pues te advierto —dijo Burt Derek, sin soltarla— que no voy a renunciar a ti así como así. Puesto que a las buenas no quieres, va a ser a las malas.

Ponía una expresión como para asustar, y no poco, a cualquier muchacha honesta. Era la expresión soez, obscena, del hombre dispuesto a llegar, si es preciso, a la violación.

Pero a Burt Derek se le acabaron pronto las posibilidades de salirse con la suya. Se sintió cogido por un brazo y apartado de la muchacha sin contemplaciones de ninguna clase.

—¿Quién es usted? —Increpó Burt Derek al desconocido que había aparecido de manera totalmente inesperada—. ¿Cómo se atreve a inmiscuirse...?

—Me llamo Lawrence Ferwill, por si le interesa saberlo —dijo el interpelado, que plantaba su alta y atlética figura ante su adversario, con' las piernas abiertas en forma de compás—. Y me atrevo a inmiscuirme en esto —agregó— porque no es de hombres propasarse. Por lo demás, puesto que Adrianne acaba de decirle a usted que no es su tipo, ya sabe lo que le toca, dar media vuelta y marcharse.

—¿Va usted a obligarme a hacerlo? —no se achicó.

Y avanzó como un gallito un par de pasos. Pero Lawrence le recibió con un puñetazo tan directo y a la vez tan demoledor, que ya no le quedaron ganas de insistir.

Desde el suelo se conformó con decir:

—Volveremos a vernos.

—Cuando usted guste —y el detective cogió a Adrianne por un brazo y se la llevó. Le dijo—: He hecho bien en venir a buscarla. No sé por qué ya me husmeaba algo así.

—Gracias —brillaban llenos de gratitud los ojos oscuros y preciosos de la muchacha.

Acababa de tener un buen sobresalto. Uno más. Estaban resultando aquellas unas horas muy poco relajantes, esto es lo cierto. Menos mal que ahora se hallaba aquel hombre junto a ella. Había tenido suerte al dar con él, al contratarle. Su presencia lo hacía todo mucho más tolerable. Indudablemente.

* * *

Habían seguido adelante por la carretera, llegando a Symmingdel. Su hotel estaba muy cerca. Era de los primeros edificios que se encontraban, y de los mejores, aunque esto no equivale a decir mucho. En aquella localidad todo valía muy poco.

Era más de media noche y el hotel estaba vacío, al menos aquella planta. Sólo se hallaba el conserje tras el mostrador de recepción con expresión somnolienta, y un camarero, sólo uno, que atendía en la barra.

—Sírvanos dos brandys en el salón —dijo Lawrence Ferwill, y acto seguido condujo hacia, allí a la muchacha.

Donde podrían hablar con absoluta tranquilidad. No había nadie. Cosa, por otra parte, lógica a aquella hora de la noche.

—Los brandys nos sentarán bien —repuso el detective—. Sobre todo a usted, se ha quedado muy pálida.

—He pasado un mal rato —reconoció Adrianne—. Bueno, he pasado muy malos ratos todo el día de hoy... Por eso le he telefoneado— y ya sentada, la muchacha amplió—: Aunque le he telefoneado temiendo que mi padre hubiera muerto y la verdad es que ha muerto otra persona...

—Y no sabemos quién es el verdadero culpable de esa muerte —intercaló Lawrence Ferwill—, Pero sí, lo sabemos. Ha sido el pulpo... Pensar otra cosa sería absurdo, ridículo. ¿No opina usted lo mismo?

—Sí, claro —asintió, aunque sin demasiada convicción.

Convicción que el detective, en realidad, tampoco compartía. De ello que dijera:

—Su padre apareció con grilletes alrededor de los tobillos, y según dijo, si no lo oí mal, los tres jóvenes de la lancha le habían arrojado al mar...

—No lo oyó mal, eso dijo mi padre —confirmó Adrianne—. Pero de ser cierto lo que dijo, no hubiera podido abandonar el fondo del mar y aparecer sobre la roca...

—A menos —repuso Lawrence — que verdaderamente tenga poder sobre ese pulpo.

—Resulta difícil de admitir. Como asimismo resulta difícil de admitir —observó ella— que Burt Derek, Robby Remick y Alan Leone arrojaran a mi padre al mar. Aunque aquella noche, borrachos, hablaran de eliminarlo... No, no termino de aceptar esa hipótesis, aunque, por aceptarla en un principio, le telefoneara a usted... Repito, no la acepto ahora, de eso que, al encontrarme con Burt Derek en la carretera, no me haya visto capaz de echarle en cara su acción...

—Temo —dijo Lawrence Ferwill— que no quiera creer en la culpabilidad de esos tres jóvenes porque aceptar tal hecho equivaldría, puesto que su padre sigue sano y salvo, a tener que admitir que alguien le ayudó a salir del fondo del mar. Y expuesta así la situación, ¿quién fue ese alguien...? Si ciertamente fue el pulpo —concluyó— eso significa que su padre es el responsable de que volcara la lancha motora. El responsable, por lo demás, de la muerte de Alan Leone.

—Mi padre está loco, lo admito —repuso ella—. Pero es un loco inofensivo, podría jurarlo.

—No lo jure, por si acaso —quiso que empezara a mentalizarse con la idea de que su padre podía ser un asesino.

—¡Oh, no! —exclamó Adrianne echándose a llorar.

—De todos modos —añadió Lawrence — usted ha contratado mis servicios y yo voy a ganarme la minuta que le presente. En consecuencia, hay mucho trabajo por hacer, hay mucho que investigar.

—¿Si...? —Adrianne se secó las lágrimas. Pero antes de que él le respondiera—: A propósito, me ha dicho Simón...

—¿Quién es Simón?

—Nuestro criado. Me ha dicho que un hombre merodea todas las noches, y durante varias horas, por los alrededores del caserón.

—¿De quién se trata? —se interesó.

—Sólo ha podido averiguar que es un forastero. Pero, bueno, dígame qué es lo que va a investigar. Le he interrumpido...

—En principio —manifestó Lawrence — debo averiguar si ese pulpo existe verdaderamente.

—Pero, cómo, ¿tiene dudas al respecto? —se extrañó enormemente—. Con sus propios ojos vio como uno sólo de sus tentáculos conseguía volcar la lancha motora... Vio también cómo destrozó el cuerpo de Alan Leone, que luego dejó, para nuestro horror, en la costa...

—Yo suelo dudar de todo —aclaró Lawrence —. Así que empezaré por eso, por ir por allí y echarme al agua. Iré en busca de ese monstruo...

—¡No! —Se asustó terriblemente la muchacha—. Le destrozaría lo mismo que hizo con Alan Leone.

—No, conmigo las cosas saldrán de otro modo. Ya lo verá. No se preocupe por eso. En segundo lugar —prosiguió diciendo el detective—, investigaré sobre ese desconocido que merodea por las noches alrededor del caserón. No es un proceder normal, así que a algo debe deberse...

—Sí, claro.

—En cuanto al cofre lleno de monedas de oro, supongo que no habrá dicho nada a la policía. Su padre le habrá prohibido hablar al respecto, ¿no es eso?

—Sí, me lo ha prohibido —respondió la muchacha.

En efecto, el viejo doctor Woodyn le había exigido un silencio absoluto.

—Me lo imaginaba —dijo Lawrence Ferwill—. Bueno, siga callando. Eso no puede perjudicarla, de momento al menos. Pero debe coger un par de monedas y entregármelas a mí. No se preocupe —añadió—, ya se las devolveré.

Siguieron hablando durante largo rato. Puntualizando. Debían dejarlo todo lo más claro posible.

—Lo que no termino de entender —repuso Adrienne— es lo que piensa usted exactamente de ese pulpo... Parece dudar de que sea auténtico, real... ¿Puede, acaso, ser otra cosa?

—Si he de responderle sinceramente, sí cabe que sea otra cosa. Por ejemplo —se anticipó a la pregunta de ella, que por inevitable se veía venir— puede ser un pulpo falso...

—¿Falso? —la muchacha se había quedado poco menos que perpleja.

—Puede tratarse de una gran cantidad de goma, que una ' vez hinchada, de forma de pulpo enorme y monstruoso, dentro del cual ocho tentáculos de hierro con un mecanismo siniestro actúen a voluntad de la persona que se meta dentro.

Una vez —dijo Lawrence— leí algo así en un relato de terror.

—Yo vi al pulpo y aseguraría que no tenía nada de falso.

Pero de ser así —la muchacha aceptó la posibilidad—, y si alguien en su interior maniobra el tal mecanismo... En ese caso, ¿quién puede ser el que...?

—Antes de hacerme esta pregunta —le comunico Lawrence—, he de averiguar si el pulpo es auténtico o no.

—¿Y si es auténtico? —preguntó ella—. ¿Sabe a lo que se arriesga? A morir aplastado, destrozado...

—Ya le he dicho que no, que a mí no me pasará eso. Así que, nada de preocuparse por la suerte que pueda correr.

—Tengo mucha confianza en usted —le aseguró Adrienne—. Una confianza absoluta, ciega. Pero...

—Si de verdad tanto confía en mí —le dijo él—, estoy dispuesto a hacerle partícipe de un secreto. Espero no decepcionarla.

—Seguro que no —dijo ella.

—Es usted mi primer cliente como detective —Lawrence sonrió. Al poco había de añadir—: ¡Y vaya cliente guapa! He empezado esta profesión con el pie derecho., no cabe duda.

CAPITULO V

Lawrence Ferwill se dirigía hacia el caserón con una pequeña maleta. Allí había metido lo que sabía que, unos minutos después, iba a necesitar.

Al llegar al caserón, o mejor dicho, poco antes de llegar, se dirigió hacia el mar, hacia la costa rocosa.

Había niebla, pero no mucha, cada vez menos. Se alegró de ello. Lo que tuviera que ver, prefería verlo claro.

En aquel momento oyó un ruido tras él. Se llevó la mano hacia la automática, en gesto rápido e instintivo.

Adrianne apareció ante él.

—Soy yo —musitó la muchacha. Y agregó—: He presentido que iba a venir esta noche.

—\ estas horas debería estar acostada.

—Sé el peligro que entraña lo que va a hacer. No podía conciliar el sueño.

—Su inquietud me sabe a gloria... —sonrió Lawrence.

—Déjese de bromas y desista de su idea, por favor —su torio se hizo suplicante.

—Imposible —observó él—. Mientras no sepa a qué atenerme respecto a ese pulpo, no puedo seguir adelante. Así que me veo obligado...

—Me quedaré aquí —repuso ella—. Ya sé que eso no le servirá de nada si las cosas se ponen feas, pero no podría estar en otro sitio.

—Como quiera —accedió el detective—. Pero no sufra, todo irá bien. Aunque usted sea mi primer cliente como detective, yo soy un hombre muy ducho en ciertos menesteres. Afrontar riesgos es lo mío. Sin duda la tranquilizará saber que, durante más de dos años, he sido guardaespaldas de un famoso financiero, al que le habían amenazado de muerte. El financiero sigue vivo —agregó—, pero le aseguro que yo he tenido que vérmelas moradas.

—El pulpo quizá resulte peor enemigo... —le advirtió.

Lawrence dejó la maleta en el suelo y la abrió. De allí sacó un traje de tela especial, de color oscuro, que a continuación se colocó. Era un traje que le cubría enteramente, desde los pies a la cabeza, incluida esta. Sólo quedaban a la vista dos orificios, para que sus ojos pudieran ver, y otro orificio para que su boca pudiera respirar. También se colocó guantes.

—Hasta luego, preciosa —dijo Lawrence.

Sin concederse más dilaciones, se acercó al mar, yendo sobre las rocas, y de allí se echó decididamente al agua.

La Luna brillaba en el cielo y la noche resultaba bastante clara, y Adrianne vio perfectamente como se sumergía entre las olas.

Unas olas que seguían relativamente sosegadas. En realidad, era un buen momento para llevar a cabo aquella empresa. Transcurridas unas horas, el mar, posiblemente, se habría encabritado. Lo extraño es que no lo hubiera

hecho ya.

Entonces, con el mar furioso y acometedor, que pegaría de continuo contra las impávidas rocas, ya estaría de más pensar en llevar a cabo tal tentativa.

Adrianne se quedó con el aliento entrecortado, a media respiración. Consideraba excesivamente arriesgada aquella empresa, tanto que la catalogaba de suicida.

Pero Lawrence Ferwill había desoído sus ruegos. Por lo visto, era obstinado en sus resoluciones. Obstinado hasta, quizá, más allá de lo razonable.

Adrianne le vio nadar durante un minuto, o cosa así. Luego le vio quedarse quieto, a la espera de lo que sin duda tenía que suceder.

Y sucedió.

Apareció el pulpo. Aparecieron sus terribles y enormes tentáculos.

Adrianne pensó que se desvanecía. Un pavor irresistible se apoderó por completo de su respiración, suspendiéndosela, atajándosela. Ya no respiraba a medias como instantes antes. Ahora, sencillamente, ya no respiraba.

Lawrence Ferwill, por su parte, ante el terrible monstruo que se le acercaba, siguió dueño de sí mismo. No había perdido la serenidad.

El pulpo tendió hacia el detective sus tentáculos, deseoso de hacer suya aquella nueva presa. Unos tentáculos que rodearon su cuerpo por varios lugares a la vez. Del modo más inquietante. Del modo más inexorable.

Lawrence no necesitó más para convencerse de que aquel pulpo era auténtico. No, desgraciadamente no tenía nada de prefabricado. Ni goma hinchable, ni hierros formando un mecanismo siniestro. Nada de todo eso. Única y exclusivamente un monstruo marino.

Un descomunal monstruo marino que le enroscó furiosamente y que, tras hundirle en el agua, se dispuso a destrozarle.

Sin duda, para hacerlo, le bastarían unos breves instantes...

Viendo desde la rocosa costa lo que le sucedía, Adrianne recuperó el aliento, la respiración. Pero sólo para lanzar un grito de horror, desde muy dentro, desde sus mismas entrañas.

* * *

El desconocido, alto sobriamente vestido, de unos cincuenta años, hacía rato que merodeaba por la fachada principal del caserón. Como venía haciendo todas las noches.

Se hallaba cerca de la carretera, así que, forzosamente, tenía que ignorar lo que en aquellos instantes acontecía por la otra parte, cerca del mar, en la rocosa costa. Pero oyó el grito de Adrianne y notó que el vello se le erizaba.

¿O había oído mal y tal grito no había existido? Sí, había existido. Sus oídos no se lo habían inventado.

Y el grito se le caló dentro, estremeciéndole, asustándole. Quizá, más que nada, porque hacía ya días que se decía a sí mismo que estaba ganando el

dinero con excesiva facilidad.

Sí, con excesiva facilidad. Bien mirado, muy mal síntoma. El dinero debe ganarse con esfuerzo, con dificultad. Nadie lo regala.

Y a él se lo estaban regalando. Por el mero hecho de merodear por las noches alrededor del caserón, estaba cobrando más dinero del que normalmente ganaba en un año trabajando. Claro que tenía que estar dispuesto a obedecer las últimas órdenes que, antes o después, recibiría...

¿Qué órdenes serían éstas? La pregunta se la había hecho una docena de veces. Pero no, no debía inquietarse. El doctor Woodyn le había asegurado:

—No se tratará de nada importante.

Sin embargo, desde que se lo dijo hasta el momento presente, habían transcurrido un mínimo de tres semanas y él, que durante el día permanecía en la vecina localidad, en Symmingdel, había oído decir, y comentar, y por cierto a más de una persona, que el doctor Woodyn estaba rematadamente loco.

¿Sería cierto y él, poniéndose a su disposición, estaría metiéndose en un lío gordo? A veces tenía la sensación de que, sin darse cuenta, y por querer ganar el dinero que al parecer generosamente se le ofrecía, iba hundiéndose poco a poco en un pozo de agua del que luego no podría salir. ¡Y era ésta una sensación tan desagradable, tan sobrecogedora!

Serían aprensiones suyas. Posiblemente sí. No tenía porque inquietarse antes de tener verdaderos motivos para ello.

De todos modos, si todo era normal, ¿por qué había oído aquel grito de mujer? Un grito que, desde luego, había hecho que el vello se le erizara.

Podía ir a ver de qué se trataba. El grito había sonado al otro lado del caserón, por donde éste orientaba sus ventanales hacia la rocosa costa.

Pero no se atrevió a moverse de donde estaba. Si cumplía su misión permaneciendo allí, ¿a qué meterse donde nadie le llamaba?

Se quedó quieto, a la espera de...

No sabía en realidad de qué.

Pero presentía que a la espera de algo macabro, tenebroso, tétrico. Esa noche no iba a ser como las demás. Esa noche iba a suceder algo malo, muy malo.

No se equivocaba.

Ciertos presentimientos que a veces parecen llegarnos del Más Allá, no nos engañan nunca.

En aquel instante se abrió la puerta principal del caserón, y la luz del vestíbulo llegó al exterior.

—Doctor Woodyn... —dijo el hombre alto, sobriamente vestido, de unos cincuenta años.

—Buenas noches, Hodgges —fue la respuesta.

—Usted también ha oído el grito, ¿verdad? —Preguntó Hodgges—. ¿Por eso ha salido...?

—No he oído nada —le hizo saber—. ¿Acaso ha gritado alguien?

—Si no ha oído nada, es porque tiene los ventanales cerrados. Pero sí, doctor Woodyn, alguien ha gritado.

—¿Quién va a gritar...? Imaginaciones tuyas —y volvió a lo suyo—. He salido porque necesito pedirle un favor.

—Ya sabe..., ya sabe que estoy a su disposición... —pero tartamudeó al hablar.

¿Qué favor sería aquél? Sentía que iba cayendo más y más en aquel pozo del cual no podría salir.

—Tome esta carta —se la entregó—. Debe llevársela a Robby Remick... Usted ya le conoce y sabe donde vive, ¿no es eso? Debe dársela en propia mano. Pero no debe, en modo alguno, decir que se la he entregado yo. Esto es todo. Y éste es el precio... —y le puso una moneda de oro en la palma de la mano.

Relucieron de codicia los ojos de Hodgges. Sus celos, de súbito, dejaron de existir. Su miedo desapareció. ¡Una moneda de oro sólo por llevar una carta a su destinatario!

—Muchas gracias, doctor Woodyn.

—Yo a usted, Hodgges —respondió—, cuando la carta haya llegado a la persona que va dirigida.

—Ahora mismo. ¿Y luego...? —inquirió seguidamente—. ¿Qué he de hacer luego?

—Nada más por esta noche manifestó—. Mañana otra vez a merodear por aquí, por los alrededores del caserón.

—Muy bien, doctor Woodyn —y se despidió.

Ya se alejaba, dispuesto a cumplir las órdenes recibidas, cuando fue detenido por estas palabras:

—En Symmingdel ha oído hablar de mí, ¿no es cierto?

Hodgges no creyó oportuno negarlo.

—Sí, sí —repuso—. He oído hablar de usted.

—¿Mal? —quiso saberlo.

—Dicen..., dicen... —pero se detuvo, le dió reparo hablar, temió molestarle.

—Diga lo que sea, no voy a incomodarme por ello. En realidad, ya me lo imagino...

—Pues dicen —Hodgges se animó a hablar— que está usted mal de la cabeza, doctor Woodyn. Que le afectó mucho la muerte de su esposa, y más tarde la muerte de un buen | amigo suyo, un científico que conoció en Australia, y que...

—Ho hace falta que prosiga —le interrumpió—. Me ha dicho ya Suficiente. Pero quiero que sepa una cosa, Hodgges, para que trabaje más a gusto a mi lado. Estoy completamente cuerdo.

—¿Sí...? —preguntó como si lo dudase.

—Completamente cuerdo —repitió—. Pero me interesa hacerme él loco, ¿sabe? Me interesa sobremanera, y por lo visto lo hago tan bien, que hasta mi

hija acepta como buena mi interpretación... Sin embargo, yo de loco nada... Sé perfectamente lo que quiero y lo que estoy dispuesto a hacer para conseguirlo... Así, pues, si usted alberga algún recelo contra mí, rechácelo, Hodgges, mi cabeza funciona de primera y no voy a decepcionarle en ningún sentido...

Hodgges le miró fijamente.

«Sí —pensó—, no hay demencia en los ojos del doctor Woodyn, hay lucidez e inteligencia, esto está claro. La gente que le cree loco se halla en un error».

—Ande, vaya a buscar a Robby Remick —de pronto le apremió—. Debe recibir la carta cuanto antes.

—Descuide, doctor Woodyn. La recibirá en seguida. —Buenas noches, Hodgges.

—Buenas noches, doctor Woodyn.

* * *

Habían acabado de cenar. Se disponían a acostarse. Era la hora en que solían hacerlo. Pero en aquel momento sonó el timbre de la puerta y el mayordomo fue a abrir.

Instantes después, el mayordomo entraba en el lujoso comedor y decía:

—Señor, preguntan por usted...

—¿Quién? —quiso saber Robby Remick.

—No me ha dado su nombre. Quiere verle personalmente.

—¿A estas horas? —se extrañó.

—Trae una carta para usted. .

—Hágale pasar —intervino la madre de Robby Remick.

Era ésta una mujer alta, aún no habría cumplido los cuarenta y cinco años, de mirada altanera y dominante. Esa mujer, no obstante, había vivido atormentada por su único hijo, viéndose obligada a satisfacer todas sus exigencias.

No opuso nada Robby Remick a las palabras de su madre, así que Hodgges, siguiendo al mayordomo, penetraba poco después en la estancia.

—¿Qué desea? —preguntó la dama.

Pero Hodgges se dirigió exclusivamente a su hijo.

—Traigo una carta para usted. Debo entregársela en plena mano.

—¿Quién me la envía?

—Yo debo limitarme a entregársela. Aquí la tiene —e inclinándose ante la dama—. Buenas noches, señora.

Cuando se quedaron a solas, la dama permaneció en silencio. Pero no quitaba la vista de su hijo, ni de aquella carta perfumada que había quedado en sus manos.

—¿No vas a abrirla...?

—Sí —respondió, rasgando el sobre—. Pero eso no quiere decir que vaya

a comunicarte su contenido.

—No me faltes al respeto, recuerda que soy tu madre —pero la dama sabía por experiencia que su hijo siempre le estaba faltando al respeto.

—No puedo olvidar que eres mi madre —ironizó—, me lo estás recordando constantemente. De forma tan insistente —recalcó— que puedo asegurarte que me hartas con tus continuas coacciones... Porque recordármelo no es más que eso, una coacción, ¿no?

—Es desear, siempre, en todo momento, lo mejor para ti, hijo mío —dijo la madre.

—Vas a emocionarme... —y tras rasgar el sobre y leer el contenido, sus ojos brillaron ilusionados.

—¿De quién es? —le preguntó la madre.

—Te lo diré luego. Cuando regrese.

—¿Es que vas a salir? —preguntó. Y antes de recibir respuesta—: Quiero saberlo ahora— y surgió su natural carácter, altanero y dominador. Un carácter que, sin embargo, nunca había podido con su hijo.

—Mira, voy a decírtelo, ¿por qué no...? —Dijo Robby Remick—. En verdad no puedes impedirme que salga por mal que te siente la idea. Me ha escrito Adrianne.

—¿Adrianne? —Inquirió la dama—. ¿La hija de ese' trastornado mental que vive en el caserón?

—La hija del doctor Woodyn —quiso suavizar los términos.

—¿Y quiere verte ahora, a estas horas? —preguntó.

—Por lo visto está en un aprieto y me necesita.

Y le leyó la misiva, la cual decía:

«Querido Robby:

»Te espero, esta misma noche, cuanto antes, cerca del caserón. En la costa, donde las olas se estrellan contra las rocas. No faltes. Creo que eres el único en quien puedo confiar.

»Adrianne.»

—¿Y cómo sabes —inquirió su madre— que esta carta la ha escrito realmente ella? ¿Conoces acaso su letra?

—No conozco su letra —reconoció el alto y rubio Robby Remick—. ¿Pero, ¿quién sino iba a ser?

—Su padre no está bien de la cabeza... —se lo recordó, por si acaso.

—Como comprenderás, no me asusta la posibilidad de tener que enfrentarme con un viejo— pero recordó su escopeta cargada, arrugando el entrecejo.

—A la lancha motora la volcó un pulpo. Y tú dices que ese viejo asegura que entre él y el pulpo existe...

—Como sea —dijo Robby Remick—, no pienso echarme al mar. Así que, puedes quedarte tranquila.

—¡Oh, no! —Exclamó exasperada la dama—. ¡No estoy dispuesta a consentir que te vayas y que me dejes con el alma pendiente de un hilo! La culpa, toda la culpa es de tus amigos —agregó, quejosa—. Tú hubieras sido un hijo obediente, bueno y respetuoso a no ser por ellos. Pero desde niño empezaste a unirte a ellos y los resultados ya se han visto, han resultado deplorables... No, no podía ser de otra manera. Tanto Alan Leone como Burt Derek siempre han sido malos. Tenían que hacer de ti un hijo rebelde... Créeme, me alegro de que Alan Leone muriera... Ojalá le sucediera lo mismo a Burt Derek. Respiraría más tranquila, te lo aseguro...

Como única respuesta tuvo la salida de su hijo. Salió dando un violento portazo.

CAPITULO VI

¿Qué había sucedido antes, cuando el descomunal pulpo se enroscó furiosamente al cuerpo de Lawrence Ferwill y tras hundirle en el agua se dispuso a destrozarle?

Parecía, todo lo hacía presumir así, que el detective tenía los minutos contados, que había llegado al final de su existencia.

Pero Lawrence accionó un aparato que llevaba sujeto a su mano derecha, un aparato en forma de pequeño transistor, y el monstruo marino se vio sacudido por una violenta descarga eléctrica. De ello que se aflojaran al acto sus tentáculos, dejándole suelto, totalmente libre de movimientos.

Aprovechó la ocasión para salir a flote y para bracear hacia la costa. Todo lo rápidamente que exigía la situación.

Pero el pulpo se rehízo y el mar se removió en una estela persecutoria. Asomaban los terribles tentáculos, ansiosos por debatirse en su tarea destructora, demoledora.

A punto de desvanecerse, Adrianne vio lo que sucedía. El detective aún vivía. Aún había, pues, cabida para la esperanza.

—¡Dios mío! —gimió.

Lawrence notó que un tentáculo le había atrapado una de las piernas y que era arrastrado de nuevo hacia el pulpo.

No opuso resistencia, puesto que ya sabía que eso no iba a servirle de nada, y se dejó llevar. Pero así que el pulpo le abrazó de nuevo, accionó otra vez en el aparato que llevaba sujeto a su enguantada mano derecha.

Otra descarga eléctrica sacudió al pulpo, que volvió a hacer lo mismo, volvió a soltarle.

Nadó hacia la rocosa costa. Sin pérdida de tiempo. Puesto que ya sabía que se trataba de un pulpo auténtico, cuanto antes huyera de su radio de acción tanto mejor.

Tenía un magnífico e inestimable aliado en el pequeño aparato que llevaba adosado a su mano y en ese traje oscuro, de material especial, idóneo para que le aislase de aquellas descargas eléctricas. Pero, ¿y si el aparato se estropeaba y la descarga eléctrica dejaba de producirse...? A veces sucedía. No quería ni pensarlo. En tal caso acabaría convertido : en mantequilla derretida.

Pero el pulpo, aunque le había soltado, y aunque al parecer no le tentaba ya la posibilidad de sujetarle de nuevo, se le puso por delante, le cortó la retirada. Y allí se quedó, i como queriéndole impedir que se pusiera a salvo.

Lawrence se quedó donde estaba, a la espera de que el pulpo se retirara. Pero resultó vana su espera. El pulpo seguía allí, impertérrito.

Fueron pasando los minutos y Lawrence decidió nadar hacia Symmingdel, por lo menos el trecho suficiente para que la presencia del pulpo ya no significara ningún impedimento.

Pero si nadó unos doscientos metros, el pulpo le siguió. , Si nadó

trescientos, lo mismo. No, no había posibilidad de llegar a la costa.

Adrianne se había percatado de lo que sucedía, pues iba por la costa, sobre las rocas, ansiosa por ver como el monstruo marino ofrecía una oportunidad a Lawrence Ferwill. Con una bastaba, lo sabía. El detective la aprovecharía y se pondría a salvo,

Pero transcurrió más de media hora y lo cierto es que Lawrence no veía el modo de llegar a la costa. Fuera por donde fuera, siempre estaba ante él aquel monstruo marino, i aquellos descomunales y pavorosos ocho tentáculos.

Hasta que llegó un momento en que el joven comprendió que tenía que tomar una decisión.

Fue él mismo, pues, quien a sabiendas se dirigió hacia el pulpo. Como si quisiera presentarle cara. Como atreviéndose valientemente a desafiarle.

El pulpo le esperó sin apenas moverse, pero así que le tuvo a su alcance, su \$ ocho tentáculos se movieron de súbito y le concedieron un abrazo sobrecogedor.

Un abrazo sobrecogedor, que por descontado de amoroso no tenía nada y que Lawrence ya se esperaba. Por lo que, al acto, hizo accionar de nuevo el aparato que sujetaba bien fuerte en la mano.

Una nueva descarga eléctrica sacudió al pulpo, que se vio obligado a soltarle.

Ya con el camino momentáneamente expedito, el detective nadó hacia la costa. Muy rápidamente.

Aún así, el pulpo volvió a alcanzarle, a detenerle, a estrecharle entre sus descomunales tentáculos.

Pero, claro está, le esperaba una nueva descarga eléctrica.

De nuevo pudo nadar un buen trecho hacia la costa.

Fue alcanzado una vez más, pero otra descarga fue suficiente para que el pulpo desistiera de hacerle su presa.

Un minuto después, Lawrence llegaba á la rocosa costa.

El final había sido feliz.

¡Cuando todo parecía irremisiblemente perdido pocos minutos antes!

Por eso, Adrianne no pudo contenerse de emoción, y así que llegó corriendo a donde el joven detective acababa de quitarse el traje oscuro que le protegiera de las descargas eléctricas, cayó en sus brazos sollozando.

—¡Oh, Lawrence! ¡Creí que le había perdido...!

El detective era un hombre sereno. Con unos nervios de acero. Lo demostró al responderle.

—Ni me ha perdido hoy, ni me perderá nunca... —y sonriendo añadió—: Y no digo nada más, Adrianne, porque cuando declare mis sentimientos amorosos a una mujer quiero hacerlo de un modo más romántico.

Se besaron. Nada extraordinario, pues se habían gustado desde el primer momento.

Pero el beso fue breve.

Les interrumpió una voz que llegó hasta ellos.

—Adrianne... Adrianne... —y esa voz alzaba el tono cada vez más—. ¿Dónde estás...? Ya he llegado... Apenas he recibido tu carta, me he apresurado a venir... Adrianne... Adrianne... No te veo...

—Es la voz de Robby Remick —dijo la muchacha, bajito, apenas susurrando.

—¿Estás segura? —preguntó Lawrence, él a su vez con el tono muy bajo, muy sigiloso.

—Sí, totalmente segura —asintió ella.

—¿Y tú le has escrito una carta?

—No, claro que no.

—¿Entonces...?

—No entiendo nada.

No hubo tiempo de otra cosa que no fuera entregarse al terror. A un terror que por unos instantes había de vencerles, de aniquilarles. Por lo menos a Adrianne.

Aunque no era Adrianne, ni Lawrence, quienes iban a protagonizar la siguiente escena. Ellos sólo iban a presenciirla.

Vieron a Robby Remick. Acababa de ponerse en pie sobre una roca. Una roca hasta la que llegaban las olas, rompiéndose y haciéndose espuma.

La Luna seguía esparciendo su claridad y la niebla era ya tan escasa que bien mirado ya no existía, así que repararon perfectamente en su silueta recortada sobre la rocosa costa.

—¡Adrianne...! ¡Adrianne...! —llamó. Se había llevado las manos a la boca, colocándoselas en forma de bocina. Por lo visto no le importaba que desde el caserón pudiera oírle el viejo doctor Woodyn.

O si le importaba, procedía como si tal temor no existiera. Aquella misiva perfumada parecía haberle dado una absoluta confianza.

Sucedió de súbito.

De entre la espuma de una ola surgió un largo tentáculo... ¡Era el pulpo, que de nuevo estaba al acecho! Aunque esta vez su víctima era otra.

El tentáculo se alzó en el aire, llegó a lo alto de la roca y como un látigo duro y flexible a la vez, atrapó por los tobillos a Robby Remick.

Este se dio cuenta de lo que sucedía mientras perdía la estabilidad y profirió un alarido...

Un alarido escalofriante, demencial, enloquecedor, que solo concluyó cuando la víctima cayó al agua y el pulpo se encargó de arrastrarlo hacia el fondo.

Entonces ya no se oyó nada más.

Unos minutos después, Lawrence y Adrianne vieron como el pulpo depositaba su víctima sobre la costa. La depositaba como alardeándose de su acción.

Robby Remick apareció destrozado, aplastado materialmente por todas partes. Todo él era un informe montón de carne. Debía tener todos los huesos rotos. Por lo demás, ya no había ojos en sus cuencas, ni nariz en su cara, y la

boca era solo un boquete horrendo donde apenas quedaban dos o tres dientes.

La misma suerte de su amigo Alan Leone.

Exactamente la misma.

—Corre, Adrianne —apremió Lawrence a la muchacha—. Entra en el caserón y vete en busca de tu padre. Si el pulpo ha actuado a través de sus órdenes, no estará en su habitación. Si le encuentras durmiendo, podríamos considerarle inocente...

La muchacha no se lo hizo repetir. Corrió hacia el interior del caserón, por la puerta trasera. Subió aprisa la escalera. AL poco entraba en el dormitorio de su padre.

El dormitorio estaba vacío.

Pero no hizo falta que Adrianne, ya de regreso y llena de angustia, le explicara al joven detective que su padre no estaba allí.

Antes de hablar, oyeron unas ruidosas carcajadas. Salían de entre las rocas.

Se acercaron y vieron allí al doctor Woodyn. Y le oyeron murmurar:

—Ya van dos.

* * *

Lawrence Ferwill vio al hombre alto, sobriamente vestido, ¡ de unos cincuenta años, tomando un whisky doble en la barra del bar.

En el hotel todo era silencio, cosa lógica pues eran las tres de la madrugada.

El detective se acercó a la barra y se sentó en el taburete contiguo al hombre. De momento no dijo nada. Se limitó a i solicitar otro whisky.

Pero así que el camarero sirvió lo solicitado y se retiró, dejándoles solos, inició un diálogo superficial.

Que pronto dejó de ser superficial, pues a la primera oportunidad Lawrence opinó:

—A todo el mundo le gusta el dinero. ¿A usted no...?

—Sí, claro —asintió Hodgges.

—En tal caso no le disgustaría ganarse en cinco minutos cien libras, ¿verdad?

—Para ganarse cien libras en sólo cinco minutos... —empezó a decir.

—No voy a pedirle que mate a nadie —sonrió Lawrence .

—Ya me lo imagino —e intentó devolverle la sonrisa.

Sin embargo, no lo consiguió del todo. Algo le estaba diciendo que no debía fiarse de aquel joven de rasgos enérgicos y de ademanes naturales, desenvueltos.

—Se trata, simplemente —le aclaró Lawrence Ferwill— de que me explique un poco de su vida y de que, por otra parte, me diga lo que hace por las noches merodeando alrededor del caserón, o mejor dicho, quien le paga por hacerlo. Porque deduzco —añadió— que si procede de tal modo es porque...

—Me disgusta que se metan en mis asuntos —observó Hodgges, interrumpiéndole.

—Pero no le disgustan estas cien libras... —las sacó de su bolsillo y se las mostró.

Le bastó la mirada de Hodgges para saber que' hablaría pese a sus reparos iniciales. Para terminar de inclinar la balanza a su favor, le dijo:

—Le advierto que soy la discreción personificada. Lo que usted me diga quedará entre nosotros.

—Siendo así... —La mirada de Hodgges no se había apartado del billete de cien libras—. Pues verá... —pero no, no terminaba de tenerlas todas consigo.

—Le escucho —Lawrence fingió no haber reparado en su vacilación y como dando por hecho y cerrado el trato, dejó el billete sobre el mostrador, junto a las manos de su interlocutor.

Este se animó a hablar. ¿Qué mal podía haber en que se sincerara con aquel joven? Sin duda se trataba de un curioso, simplemente por eso.

—Pues verá... —volvió a decir. Esta vez siguió adelante— Respecto a explicarle un poco mi vida, pues he residido hasta no hace mucho en Londres, actualmente disfruto de unas vacaciones. No me he casado y estoy solo en un pequeño apartamento. No cobro mucho en mi trabajo, me defiendo, simplemente, eso. Se trata —agregó— de que vine a Symmingdel hace unas semanas, y dicha sea la verdad, por casualidad. Pero una vez en este lugar me enteré de que aquí vivía Valerie y me entró el deseo de volver a verla.

—¿Valerie...? —preguntó el detective.

—Aquí todo el mundo la conoce como la señora Remick. Se quedó viuda hace bastantes años. Es muy rica. Su hijo se llama Robby.

Lawrence recordó como, hacía poco, muy poco, el pulpo había acabado con la vida del joven Robby. Pero no quiso que su expresión trasluciera la menor emoción. Su interlocutor tenía que seguir hablando. Si sospechaba algo, quizá se quedara a medias.

—No imaginaba —dijo Lawrence Ferwill— que usted, forastero, conociera a alguien aquí...

—Lo mismo suponía yo —repuso Hodgges— pero así es la vida. Aquí he vuelto a encontrarme con la mujer que fue el gran amor de mi vida.

—¿Si...? —y esperó a que siguiera hablándole, explicándole su pequeña historia.

—La amé mucho, ¿sabe? —antes de proseguir Hodgges se aseguró de que el camarero estaba lejos—. Pero ella me dejó por otro, por un tal Cliff Porley.

—¿Ha dicho Cliff Porley? —inquirió el detective, que un poco más y da un respingo sobre el alto taburete.

Aquello no podía esperárselo.

En absoluto.

—Sí, Cliff Porley, eso he dicho. Yo no le conocí, pero por aquel entonces era ya un científico famoso, y por lo visto Valerie vio en él lo que no veía en mí. Pero Valerie tuvo su castigo —se apresuró a añadir Hodgges—. Después

de dos años de noviazgo Cliff Porley la abandonó.

—Muy interesante... —intercaló Lawrence.

—Yo, entonces, me fui de aquel lugar, sabía que Valerie no volvería a hacerme caso. Ella buscaría un marido rico y yo de rico no tenía nada. Así que me fui, a Londres concretamente. Valerie por su parte, no hace mucho me he enterado de esto, conoció a un tal Remick, hombre muy acaudalado, y se casó con él. Vino a vivir aquí, a Symmingdel. Tuvo un hijo que se llama Robby.

Lawrence volvió a recordar el cuerpo aplastado, destrozado, que el pulpo había dejado en la rocosa costa.

—Así las cosas —dijo Lawrence—, la actual señora Remick fue la novia de Cliff Porley. Durante un par de años ha dicho usted, ¿no es eso?

—Sí.

—Aclarado este punto, prosiga, por favor.

—Pues bien, si merodeo por el caserón, es porque su propietario, el doctor Woodyn, me paga por hacerlo, y me paga generosamente. Como hará unas horas me ha pagado, generosamente también, por llevar una carta...

—¿A quién? —preguntó Lawrence.

—A Robby Remick.

—Así pues —repuso el detective—, debo suponer que habrá estado usted en su casa.

—En efecto.

—Y habrá visto a su madre, a Valerie, supongo...

—Supone bien —asintió Hodgges—. Pero nada nos hemos dicho aludiendo al pasado. Lo mismo que si fuéramos dos desconocidos.

—Pero la señora Remick habrá delatado su sorpresa al verle, al reconocerle.

—Valerie siempre ha controlado perfectamente sus emociones. Nada en su expresión se ha alterado.

—¿Qué ponía en esa carta?

—No lo sé.

—Puntualizando, la carta se la ha dado a usted el doctor Woodyn.

—Sí —y Hodgges agregó—: Esto es todo, señor. No tengo nada más que contarle.

—Suyas son las cien libras —repuso Lawrence.

CAPITULO VII

Adrianne quería defender a su padre, pero, empezaban a faltarle las palabras. Todo estaba en contra de él. Todo, al menos, le convertía en el sospechoso y responsable número uno. Debería mentalizarse con la idea de que su locura le había perturbado más allá de lo que ella hubiera deseado.

Lawrence Ferwill, el detective que había contratado, debía darse cuenta de su intenso sufrimiento, pues a pesar de las pruebas que ya podían aportarse contra su padre, que desgraciadamente eran muchas, parecía empeñado en no dar como aclarado el asunto.

—Desgraciadamente... —musitó Adrianne al oírle decir que iba a seguir investigando.

—Desgraciadamente, ¿qué? —preguntó Lawrence. Pero viendo que los ojos de la muchacha se llenaban de lágrimas, añadió—: No sé desconsuele, Adrianne. Aún no está dicha la última palabra.

—Intenta consolarme.

—Lo veo así —le aseguró. Y a continuación le dijo—: Voy a ir a hablar con la señora Remick.

—¿Para qué...? —le preguntó la muchacha, no teniendo ni idea de por dónde podían ir las posibles sospechas del detective.

—Necesito hablar con ella.

—¿De qué? —volvió a preguntar.

—Del pasado —dijo Lawrence—, De cuando ella era la novia de Cliff Porley.

—¡Ah!, ¿La señora Remick fue la novia de Cliff Porley? —se sorprendió.

—Casualmente me enteré de ello el otro día.

—¿Casualmente...?

—Hablando con ese hombre alto, sobriamente vestido, de unos cincuenta años, que por las noches merodea alrededor del caserón, que sigue haciéndolo... Me he tomado la molestia de comprobarlo.

—¿Por qué lo hará?

—Según me dijo, porque su padre le paga por hacerlo. Como le pagó por... —pero se detuvo, le supo mal decírselo.

Bastante sufría Adrianne, esto resultaba evidente, para que él la angustiara aún más.

Pero la muchacha no se avino a dar como buena su interrupción. Quiso saber de qué se trataba.

—Continúe —dijo.

—Su padre le pagó también —Lawrence se decidió a ponerla al corriente de aquella desalentadora verdad— para que llevara una carta a Robby Remick.

—No me lo había dicho... —musitó la muchacha—. ¡Oh, Dios mío!

—Quizá tenía que habérselo dicho, lo admito. ¡Pero me duele tanto verla

sufrir! En fin, ahora voy a ir a hablar con la señora Remick. Veré si puedo sacar algo positivo de esa entrevista.

—Como sea —dijo Adrianne, si bien teniendo que hacer un gran esfuerzo para expresarse así— me haré cargo si acaba yendo a la policía y delatando a mi padre. Le contraté para que le salvara, pero si en realidad mi padre es culpable de esas horribles muertes... Sí, me haré cargo, y aunque me dolerá horriblemente que le internen en un manicomio, ése será el mal menor... Ya son dos muertes, y sin duda serán j más si no tomamos las debidas medidas.

—De acuerdo, Adrianne, procederemos en consecuencia —repuso Lawrence Ferwill—. Pero hemos quedado, no lo , olvide, en que todavía no está dicha la última palabra.

Esta conversación la sostenían cerca de la carretera, protegidos tras unos árboles. Si el viejo doctor Woodyn miraba desde el caserón, no repararía en ellos. Algo muy importante. El viejo doctor seguía recordando perfectamente el vaticinio de la adivina y no quería ningún hombre al lado de su hija. De ver a Lawrence Ferwill, hubiera salido a su encuentro con la escopeta cargada. Esto podía darse por seguro.

—Si de su conversación con la señora Remick sale un dato importante, ¿me lo hará saber lo antes posible? —rogó la muchacha.

—Claro que sí.

—Aunque no sé qué dato pueda ser... —murmuró desalentada.

—Yo tampoco —dijo Lawrence —. Pero como no voy a perder nada haciendo una visita a dicha señora, de hoy no pasa que llame a la puerta de su casa. Si no lo he hecho antes —observó— ha sido por respetar su dolor.

—Adoraba a su hijo —repuso la muchacha—. La muerte de Robby ha debido ser un golpe muy duro para ella.

—A gusto demoraría mi visita —reconoció Lawrence —. No obstante, urge que hable con ella. Espero que se haga cargo y me reciba.

* * *

Le recibió.

Ni siquiera le hizo esperar.

Casi podría decirse que le estaba esperando. Si no a él precisamente, si a alguien que llegara dispuesto a hablar de la muerte de su hijo. Una muerte que ella no terminaba de ver clara.

—Dígame lo que opina al respecto, señora —repuso Lawrence, animándola a que se le sincerara—. Si yo puedo ayudarla, dé por seguro que lo haré. Soy detective —le hizo saber a continuación.

—Eso me han dicho.

—Por lo visto las noticias corren rápidas.

—Aquí en Symmingdel, sí, muy rápidas.

—Hábleme, señora. La escucho con toda atención.

La dama parecía la sombra de sí misma. Incluso daba la sensación, no sólo

de ser mucho mayor de lo que era en realidad, si no de haber mermado de estatura. A ello debía contribuir, sin duda, que iba rigurosamente enlutada.

—Mi hijo salió de aquí al recibir una carta —empezó a decir Valerie.

—Sé lo de la carta —dijo Lawrence—. Como sé que usted conocía a la persona que realmente la trajo.

—Sí —reconoció la dama.

—¿Qué puede decirme de él? —preguntó el detective al ver que la dama se había limitado a una simple afirmación.

—Cuando yo era joven se enamoró de mí —repuso—. No creo que haya nada más que decir.

—El puso los ojos en usted —subrayó Lawrence—, mientras los suyos se fijaban en otro hombre, en Cliff Porley, ¿no es eso?

—No exactamente —indicó la dama—. Yo nunca estuve enamorada de Cliff Porley. Puede no creerme, pero de haberle conocido me creería. Era un hombre que físicamente no valía nada. Pero tenía, eso sí —puntualizó— una gran inteligencia.

—¿De veras? —y quedó a la espera de que la dama ampliara su información.

—Yo supuse —repuso Valerie— que esa inteligencia me llevaría, como esposa suya, a disfrutar de una situación económica envidiable. Por eso lo acepté.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lawrence.

—Que durante los dos años que duró nuestro noviazgo, en lugar de abrirse camino en la vida, no hizo más que hablarme, hablarme, y seguir hablándome de una raza especial de pulpos. Una especie de la que, según él, podría llegar a hacerse obedecer a través de unos sonidos guturales que él mismo podría proferir con su propia garganta. En fin —abrevió Valerie— que me cansé y le planté, aunque muchos, debo reconocerlo así, creyeron que había sido él quien me había dejado a mí.

—Continúe, por favor.

—Pude casarme con Hodgges —siguió diciendo la dama—. Hodgges es el hombre que vino el otro día trayendo aquella carta a mi hijo. Hodgges siempre me había amado. Pero yo quería vivir bien, con comodidades, sin que me faltara nada, y busqué en otra dirección, hasta que conocí al que luego había de ser mi marido, el padre de Robby. ¡Robby, hijo mío! —gimió, ahogada por un sollozo desesperado.

Ínútilmente había querido controlarse. No lo había conseguido. Su dolor era demasiado intenso.

—¿Qué ponía la carta que trajo ese hombre? —preguntó Lawrence.

—«Querido Robby. Te espero esta misma noche, cuanto antes, cerca del caserón. En la costa, donde las olas se estrellan contra las rocas. No faltes. Creo que eres el único en quien puedo confiar. Adrienne.» Recuerdo perfectamente las palabras, una a una, como clavadas con fuego en mi cerebro. Pero yo solo sé, que la carta no la escribió la hija del doctor. Ella por

su parte también lo ha negado... —y sin más—: Yo sospecho de...

—¿De quién? —inquirió al ver que se interrumpía.

—De nadie en particular —observó—, pero sí de la situación en sí misma. Estoy convencida de que si Robby no hubiera recibido esa carta a estas horas no estaría muerto.

—Con esto quiere indicar...

—No lo sé, ciertamente no lo sé. Pero tengo la sensación de que mi hijo ha muerto asesinado. Lo suyo no fue un accidente, no, no lo fue...

—Le mató un pulpo —dijo Lawrence—. ¿O acaso asocia usted, señora, el hecho acaecido con las teorías que en el pasado le exponía Cliff Porley, entonces su prometido?

—Cliff Porley murió en Australia, usted ya debe saberlo.

—Sí, lo sé —asintió Lawrence.

—Pero lo que quizá no sepa —añadió Valerie— es que en aquellas tierras cierto doctor colaboró con él. Lo que me hace imaginar que tal vez...

—¿Tal vez qué, señora?

—Ese hombre que colaboró con Cliff Porley fue el doctor Woodyn.

—Le conozco —dijo Lawrence.

—Será de lejos —ironizó la dama—. No deja que los hombres se acerquen a su hija, y aún menos, deduzco, a los hombres bien plantados como usted.

—Reconozco que me he tenido que conformar con conocerle de lejos —admitió Lawrence Ferwill.

—Está loco —sentenció la dama.

—Ciertamente —repuso el detective—, no parece muy cuerdo.

—Pero la carta que recibió mi hija había sido escrita por una mujer.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por su perfume.

—Un perfume que pudo poner cualquier persona. ¿Por qué no?

—Sí, claro —admitió. Y preguntó seguidamente la dama—: ¿Sospecha del doctor Woodyn?

—¿Sospecha usted...?, —preguntó Lawrence a su vez.

—Tengo la sensación de que mi hijo ha muerto asesinado —repetía las mismas palabras de antes—. Esto es todo lo que puedo decirle. Desgraciadamente no puedo añadir nada más. —Y sin pausa—. ¿Cree que podrá averiguar algo...?

—Voy a intentarlo señora.

—Recuerde que la carta la trajo Hodgges. El debe saber, por tanto, quien se la entregó. Con preguntárselo...

—¿Se lo ha preguntado usted?

—Se lo ha preguntado la policía —y añadió—: Pero, claro, lo que ya me esperaba, lo ha desmentido.

CAPITULO VIII

Hodgges había desmentido a la policía lo de la carta, en efecto, sospechando que, aunque de forma indirecta e involuntaria, él era culpable de...

No sabía exactamente de qué.

Pero volvía a sentir miedo.

Miedo a ese dinero que tan fácilmente estaba ganando. No cabía duda, el doctor Woodyn se mostraba muy generoso, sin duda demasiado.

Mientras merodeaba por el caserón aquella noche, una noche más, lo decidió de pronto. Aquello tenía que acabar. Se lo diría así al doctor Woodyn en cuanto volviera a verle. Quería huir de todo aquello que no terminaba de entender.

Además, que si a la policía había negado lo de la carta, no había sucedido lo mismo con el joven que le ofreció las cien libras. Era preferible, por eso, y por todo, que se fuera de allí lo antes posible, y que no volviera en el resto de su vida.

En aquel instante se abrió la puerta principal del caserón y la luz del vestíbulo llegó al exterior.

Acababa de suceder lo mismo que aquella otra noche en la que el doctor Woodyn le pidió que llevara una carta a Robby Remick. Aquella noche en la que a él le parecía presentir que iba a suceder algo malo.

Por desgracia no se equivocó, aunque no fue a él a quien le sucediera nada. Pero llevó la carta a Robby Remick y éste, poco después caía en poder del pulpo y era destrozado por sus terribles tentáculos.

Lo dicho, le haría saber al doctor Woodyn que había decidido marcharse de allí para no regresar nunca más.

Pero fue el propio doctor Woodyn que se dirigió directamente a su encuentro y quien, como adivinándole el pensamiento le dijo:

—Esta noche, Hodgges, va a ser la última que precise de sus servicios. Así, pues, lleve ahora esta carta a Burt Derek...

—¡Oh, no! —le interrumpió Hodgges, angustiado.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Doctor Woodyn —intentó disculparse— usted ya sabe lo que sucedió la otra noche...

—No, no lo sé —respondió—. Ahora no recuerdo.

—Murió Robby Remick.

—¿Y qué tiene que ver con...?

—Aquella noche —dijo Hodgges— le llevé una carta. Usted me pidió que la llevara. Me dio por ello una moneda de oro.

—Y otra voy a darle cuando lleve esta a Burt Derek. Se la entregará personalmente, ¿eh? —aclaró.

—Pero..., pero... —tartamudeó.

—Cuando haya llevado a cabo mi encargo, regrese aquí, aquí exactamente... —con el zapato hizo una señal en la tierra— y donde ahora mi zapato ha dejado esta señal, encontrará la moneda de oro... —se la mostró.

Era una brillante y hermosa moneda, que debía valer, a juzgar por su tamaño, doble de lo que pudiera valer aquella otra.

Hodgges quiso negarse a aquella nueva petición, pero una vez más la tentación le venció.

—De acuerdo, doctor Woodyn —dijo. No obstante puntualizó—: Pero así que regrese y recoja la moneda, me iré de Symmingdel. No volverá a verme.

—De acuerdo, Hodgges.

—Tome la carta —se la entregó—. Y dese prisa, quiero que la reciba cuanto antes. Por descontado —agregó— no debe decir que se la he entregado yo.

Poco después, Hodgges llamaba a la casa en que vivía Burt Derek con sus padres.

Tuvo la suerte, o la desgracia, nunca se sabe, de que le abriera el propio interesado.

—Traigo una carta para usted.

—¿Para mí...? —se extrañó.

—Sí.

—¿Quién me la envía?

—Mi misión estriba en entregársela. Buenas noches, señor —Y Hodgges, tras dejarle el sobre entre las manos, se alejó de allí.

Burt Derek se quedó con la piel de gallina. Lo mismo le había sucedido a su amigo Robby Remick, según, por lo menos, había contado su madre a la policía. Luego su amigo había muerto del modo más horrible.

Pero Burt Derek no quiso dejarse impresionar excesivamente y rasgó el sobre, percatándose, claro está, del delicado perfume que emanaba aquel elegante papel. Donde ponía:

«Querido Burt:

»Ven a ayudarme, por favor. Te espero cerca del caserón, entre las rocas, donde las olas al estrellarse se convierten en espuma. Seré tu esposa, si lo deseas.

»Adrianne.»

Lo sensato hubiera sido razonar, reflexionar. Dado lo sucedido últimamente todo hacía sospechar que un peligro terrible se hallaba suspendido en el aire.

Pero Burt Derek se emborrachó con aquellas últimas palabras, «Seré tu esposa, si lo deseas», y se dijo que sería un necio si empezaba a sospechar cosas raras. Que sus dos amigos hubieran muerto por caer en poder del pulpo, no era óbice para que él aceptase la teoría de que el culpable fuera el doctor Woodyn y sus alocadas teorías. Además, la carta se la escribía Adrianne, no

su padre. La firma así lo hacía constatar.

Burt Derek no conocía la letra de la muchacha, y por lo demás, últimamente, había dado cien vueltas al asunto y había relacionado, otras tantas veces, la muerte de sus amigos con el dueño del caserón. Esto es indudable.

Pero se ofuscó al leer aquellas líneas.

Una ofuscación que, por descontado, iba a tener fatales e irreversibles consecuencias para él.

* * *

Hodgges había llegado a ese lugar, frente al caserón, donde el zapato del doctor Woodyn había hecho una señal en la tierra. Donde éste le dijo que le dejaría la moneda de oro.

Allí, efectivamente, estaba...

Brillaba a la luz de la Luna.

Se agachó para recogerla, pero antes de enderezar el cuerpo se dio cuenta de que, apenas un paso más allá, había otra moneda de oro.

Sé apresuró a avanzar y a cogerla.

Sin duda, dedujo, al doctor Woodyn se le había caído sin que reparara en ello.

Pero apenas recogida esta nueva moneda, se percató de que, cosa de un metro más lejos, había otra...

Fue hacia allí cogiéndola. ¡Ya eran tres las monedas de oro que encontraba! El corazón empezó a martillearle de pura emoción.

Pero había otra moneda más, acababa de verla. Se hallaba relativamente cerca de donde estaba, pero más hacia el otro lado del caserón, más hacia la rocosa costa.

Hodgges la cogió también.

¡Y había otra, y otra, y otra...!

Cogiéndolas, yendo de una a otra, llegó sin darse cuenta donde rompían las olas. La última moneda se hallaba sobre una de las rocas.

Llegó hasta allí sin querer sacar conclusiones, o por lo menos sin sacarlas. Lejos, muy lejos de sospechar que todo aquello podía ser una trampa macabra.

Por su parte, Burt Derek había salido de su casa y había corrido hacia allí, hacia el caserón. La idea de casarse con Adrianne le enardecía, no dándole opción a tomarse aquella situación, aquel hecho, aquella circunstancia, con las lógicas reservas.

Corrió hacia allí, hacia la rocosa costa.

Lugar en el cual, del modo más impensado e imprevisto, coincidió con Hodgges que acababa de recoger su última moneda de oro.

La moneda que le había llevado hasta el lugar fatídico.

Un lugar fatídico no sólo para él, sino también para Burt Derek. Pues

juntos iban a conocer todo el horror de unos instantes realmente espeluznantes y pavorosos.

En el cielo, las nubes se iban apartando de la Luna. Ahora su luz irradiaba una claridad más viva.

De súbito, dos enormes tentáculos se alzaron sobre aquella roca en que ambos se hallaban. Antes de que hubieran tenido tiempo de cruzarse un par de palabras.

Ante lo que vieron, los cerebros de ambos chisporrotearon al ser espoleados por el espanto, por el pavor. Y pareció como si sus almas, aterrorizadas, quisieran huir por todos y cada uno de los poros de su piel.

Ya para entonces los tentáculos se habían enroscado alrededor de sus cuerpos, por la cintura. Un tentáculo para cada uno de ellos. Bastaba y sobraba.

Gritaron ambos, con la desesperación atenazándoles la garganta como garfios implacables y despiadados. Gritaron hasta no poder más.

Esa misma desesperación hizo que Hodges mostrara los ojos en blanco, sin iris, como si de una estatua griega se tratara.

Burt Derek comprendió que su fin estaba próximo y se negó a sucumbir. Pero negarse a lo inevitable no podía conducirle a nada y así lo comprendió. En medio del sudor frío y pegajoso que le invadió, miró a su alrededor. Ahora ya no le cabían dudas de que el doctor Woodyn estaba por allí... Sí, lo estaba, incluso oía sus sonidos guturales...

Un instante antes de que los tentáculos del pulpo les arrastrara hacia el mar, Burt Derek vio al viejo doctor Woodyn. Se hallaba un poco más allá, agazapado entre unas rocas, al parecer queriendo pasar desapercibido para así poder desempeñar su misión sin impedimentos.

El pulpo les hundió hacia las profundidades y allí hizo su abrazo aún más intenso. Fueron ya ocho tentáculos los que se encargaron de acabar con ellos.

Un final rápido.

Fue lo único bueno que tuvo el macabro y siniestro hecho.

Por lo demás, antes de que hubieran transcurrido cinco minutos, el pulpo devolvía los cadáveres de aquellos dos hombres.

Dejó sus cuerpos, si es que cuerpos puede llamarse a dos masas informes de carne aplastada y reventada por todas partes, sobre la rocosa costa.

Luego volvió a hundirse en el mar.

De momento su tarea había concluido.

CAPITULO IX

Como las nubes se habían ido apartando de la Luna, su luz irradiaba una claridad más viva.

Adrianne había podido darse cuenta perfectamente de cómo su padre se dirigía hacia la rocosa costa y como allí, junto al mar, haciendo que de su garganta salieran extraños sonidos guturales, había permanecido hasta que, apareciendo Burt Derek y Hodgges, se encargó de que ambos murieran en poder del horrible monstruo marino.

Hasta aquel momento Adrianne había confiado aún, en que su padre no fuera el culpable de esas espantosas muertes. Le tenía por loco, pero por un loco inofensivo. Por lo menos como tal se había empeñado en considerarle.

Pero acababa, a través de los cristales de la ventana de su dormitorio, de verlo todo lo suficientemente claro como para ya no poder hacerse ilusiones. Su padre, qué duda cabe, había aprendido del científico Cliff Porley a hacerse obedecer por el pulpo y estaba aprovechando las lecciones para exterminar a todo aquel que le estorbaba.

La angustia de Adrianne era intensa y sentía el corazón recogido en un puño. Contenía a duras penas los sollozos.

Fue en aquel momento cuando oyó que alguien daba a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo, sabiendo que se trataba de Simón.

No podía ser otra persona. Solo el criado estaba en aquel momento bajo el techo del caserón.

Se abrió la puerta y fue Simón, en efecto, quien se adentró en la estancia.

—Señorita Adrianne... —empezó a decir.

Ella se volvió hacia el sirviente, sin poder disimular su estado de ánimo. No hubiera podido disimularlo ni aunque con ello le fuera lo que más deseara en este mundo.

—Debido a la claridad de la Luna —dijo Simón—, si es que ha mirado usted por la ventana, habrá visto... —no continuó. Sin duda consideró innecesario hacerlo.

—Sí, mi buen Simón —repuso la muchacha—, he mirado y he visto. ¡Dios mío, qué horror!

—No se angustie —el criado quiso devolverle, si no la tranquilidad, parte de la misma—, yo no he de decir nada.

—Pero yo ahora lo sé, ¡lo sé! —Gimió Adrianne—. Y es tan doloroso, tan cruel, haber constatado con mis propios ojos que...

—Su padre odiaba a esos tres jóvenes —manifestó Simón, siempre con su expresión de perro fiel y bondadoso—. Decía tener sus motivos para odiarles... Como fuera, no se ha detenido hasta acabar con ellos. También ha acabado con ese hombre alto, sobriamente vestido, de unos cincuenta años, que merodeaba por el caserón durante las noches. Ignoro los motivos, pero ha

sido otra de sus víctimas.

—Lo he visto... —musitó ella.

—Pero ahora su padre ya no debe odiar a nadie más y todo puede volver a la normalidad. Yo estoy dispuesto a callar todo lo que sé y todo lo que mis ojos han contemplado. Más no puedo decirla, señorita Adrianne.

—Gracias, Simón —la muchacha se lo agradeció con lágrimas emocionadas en los ojos—. Pero creo que mi obligación estriba, aunque se trate de mi padre...

—Cree que es preferible que le internen en un manicomio, ¿no es eso? —preguntó el criado.

—Sí, eso creo —reconoció la muchacha—. Aunque sufro intensamente al verme obligada a pensar así. Usted sabe que yo quiero mucho a mi padre.

—Pues siendo así, no hace falta que diga nada. Usted calle, yo también, y nadie se enterará de nada. Respecto al joven detective —añadió— procure quitárselo de encima antes de que sospeche algo y asunto concluido.

—¡Oh, no, yo no puedo silenciar todo este horror! —Exclamó la muchacha, y su angustia crecía más y más—. Aunque se trate de mi padre, mi conciencia me obliga, me exige...

—Yo no voy a traicionarla. Así, pues, usted puede defender perfectamente a su padre. Lo que bien mirado es su obligación, creo yo, puesto que es usted su hija...

A la muchacha le sorprendió un poco que Simón llevara su defensa hasta el extremo de pronunciar estas últimas palabras. Pero no las rechazó de inmediato, quiso reflexionar sobre ellas. ¿En realidad se portaría como una mala hija si decía toda la verdad respecto a su padre?

Pero las dudas que Adrianne tuvo, se las aclaró el propio Simón. Si bien de la forma más repentina, insospechada y sorprendente.

De pronto se le acercó, la cogió por los brazos, por ambos a la vez, atrayéndola hacia sí y exclamó:

—Estoy enamorado de ti, Adrianne! ¡Y quiero y necesito ser correspondido!

—¿Qué...? —y la muchacha se quedó tan pasmada, tan atónita, que ni aunque le hubieran pinchado con mil agujas se habría dado cuenta. ¿Qué ha dicho...?

—¡Que quiero que correspondas a mis sentimientos amorosos! —exclamó de nuevo aquel hombre que se había transformado del modo más increíble e inusitado.

Ahora no tenía su expresión nada de perro fiel y bondadoso. Por el contrario su rostro se había convertido en algo que, por el mero hecho de mirarlo, estremecía, asustaba. Había un reto afilado y cortante en su mirada. Su sonrisa, o mejor su media sonrisa, era sinuosa y retorcida.

En cuanto a sus nuevas palabras, dieron la sensación de salir de su boca convertidas en lanzas envenenadas.

—Si te muestras comprensiva, y en conclusión cariñosa conmigo, tu padre

quedará a salvo. Pero si te niegas a mis requerimientos, le denunciaré... Y no esperes que pague sus crímenes en un manicomio. Yo me encargaré, diciendo todo lo que sé y lo que he visto, que vaya a pagar donde le corresponde... ¡A la horca! ¡Porque la horca es lo que se merece un hombre que ha acabado con cuatro vidas!

—¡No! ¡No! —Gimoteó Adrienne—. Mi padre está mal de la cabeza y por eso ha actuado así, pero no se merece la horca... No sabe lo que hace, es irresponsable de sus propios actos... Cualquier doctor ha de llegar a la conclusión...

—De llegar tal caso —le atajó Simón, y no soltaba a la muchacha, por el contrario cada vez la sujetaba más fuerte, más brutalmente— yo me encargaría de que la policía, la ley, los jueces, sacaran conclusiones no tan satisfactorias para él... Así que, preciosa niña, piénsatelo bien antes de rechazarme...

—No podía esperar esto de usted, Simón —la muchacha no terminaba de asimilar su perplejidad—. Le tenía por un buen hombre.

—Te he llamado preciosa niña... —repuso Simón—. ¿Sabes por qué? Porque me doy cuenta de que para mí no eres más que una niña. Tú aún no tienes veinte años y yo he cumplido ya los cincuenta y uno. Pero esto hace que aún me resultes más apetitosa... Dices —agregó— que me tenías por un buen hombre. Me he afanado por parecértelo desde el día que te pregunté si necesitabas mis servicios. Tuve suerte —reconoció— la pobre Laura era ya mayor, el trabajo la cansaba, y usted me admitió. Sí, tuve suerte.

—La que me faltó a mí, por lo que ahora puedo ver.

—No dramatices, Adrienne. Si nos lo tomamos bien, los dos podemos ganar mucho en este asunto. Tú salvando a tu padre de la horca...

—¡No, de la horca no! —sollozó, y se llevó las manos a los oídos, tapándose los—. ¡Eso no! ¡No! ¡No quiero volver a oír esa palabra!

—Tú salvando a tu padre de la horca —repitió como si nada, insensible al sufrimiento de la muchacha, a su desesperación— y yo consiguiéndote a ti! ¡Si supieras, Adrienne, que me tienes trastornado con tus encantos! ¡No puedo dormir por las noches abrasado por los volcánicos deseos que me inspiras!

* * *

La puerta del dormitorio acababa de abrirse, apareciendo el viejo doctor Woodyn.

—¿Qué hace usted aquí, Simón? —Preguntó con el ceño fruncido—. Es ya tarde. Mi hija debería estar acostada a estas horas.

Simón, que al oír el ruido de la puerta se había apresurado a soltar a la muchacha, procuró demostrar la máxima naturalidad posible, y dijo:

—He venido a preguntarle...

Pero se quedó sin acabar la frase. El viejo doctor Woodyn ya no le prestaba atención. Acercándose a su hija y mirándola fijamente, acababa de

observar.

—Estás muy pálida. ¿Te sucede algo, hija mía?

En aquel instante parecía un padre corriente y normal preocupado por lo que pudiera sucederle a su hija querida. O mejor dicho, parecía el padre que fue años atrás, cuando su esposa vivía y ellos dos, y la pequeña Adrianne, formaban una familia alegre y dichosa.

A la muchacha le dieron tentaciones de decirle que Simón había intentado propasarse...

Pero pensó que, de decir semejante cosa, quizá su padre reaccionara violentamente, todo lo violentamente que en realidad podía esperarse de él. No en vano seguía teniendo presente, y muy presente, el vaticinio de la adivina de la feria. No, no quería que la situación se complicara aún más.

Y más aún se complicaría, por descontado, si Simón se dejaba guiar por su resquemor, por su rabia, y optaba por cumplir sus amenazas.

Decidió callar. Lo consideró lo más razonable. Ya tendría tiempo de tomar una u otra determinación.

—Esta noche no tengo sueño, papá. Por eso aún no me he acostado.

—Si no tiene sueño, señorita Adrianne —dijo Simón, que volvía a tener la expresión de perro fiel y bondadoso— ¿por qué no baja al salón y le sirvo a usted y a su padre una copa de brandy? Quizá sería lo mejor...

—Sí, no es mala idea —aceptó con rapidez el viejo doctor Woodyn—. Ha sido esta una noche agitada y me irá bien acompañar un poco los acelerados latidos de mi corazón.

—¿Por qué has dicho, papá —preguntó la muchacha mientras bajaban la escalera—, que esta noche ha sido agitada? ¿Ha sucedido algo que yo no sepa?

Deseaba una respuesta. Era como si en el fondo de sí misma aún confiara en un milagro. ¿Pero qué milagro podía esperarse cuando ella misma había visto...?

Ya en el salón, con las copas de brandy en la mano, oyeron los pasos de alguien que llegaba hasta allí. Era Lawrence Ferwill. Se presentaba sin que nadie le esperara, puesto que nadie le había abierto la puerta.

Había entrado utilizando una ganzúa, por la puerta trasera. Era preciso que su presencia sorprendiera. Tal factor sería una buena baza a su favor.

—¿Quién es usted? —preguntó el viejo doctor Woodyn al ver que se adentraba en el salón como si tal cosa.

—Su hija ya me conoce —dijo el detective— y yo le conozco a usted, aunque no haya tenido ocasión de conocerme a mí.

El doctor Woodyn sacudió la cabeza. Se sentía aturdido, desplazado. No terminaba de poner su mente en acción.

—Al señor no le gustan las visitas —repuso Simón, que acababa de dejar la botella de brandy en su sitio—, y mucho me temo que la suya menos que cualquier otra. Le aconsejaría, señor, que tuviera a bien retirarse.

—No, Lawrence —intercaló la muchacha, viendo en el detective su única

posible tabla de salvación—. No se vaya, por favor. Quédese y ayúdeme.

—A eso he venido, a ayudarla —puntualizó Lawrence Ferwill.

—Mi hija no necesita que nadie, y menos un desconocido, se tome la molestia... —La voz le salió irritada al doctor Woodyn.

Lo que no fue óbice para que el detective le interrumpiera con una serenidad absoluta. Con una serenidad que parecía tener algo de aplastante.

—Su hija necesita la ayuda que vengo a ofrecerle, aunque usted, al parecer, no lo crea así. A propósito... —sin necesidad de más se volvió hacia Simón— ¿sabe una cosa?. Estoy al corriente del por qué esta noche ha muerto ese hombre alto, sobriamente vestido, de unos cincuenta años, que se apellidaba Hodgges. Pues ha muerto porque cierta persona se enteró de que había hablado conmigo y, claro, eso podía resultar peligroso para la integridad de dicha persona. Además que, claro, cuando le fue comisionado el trabajo de merodear el caserón, ya entonces, en realidad, su trágico final estaba sentenciado. Cuando se mete a alguien en un asunto sucio, lo lógico es que al final resulte conveniente cerrarle bien la boca. Eso evita complicaciones* lo allana todo mucho, ¿no cree usted?

—¿De qué me está hablando? —preguntó Simón.

—Ese tal Hodgges —prosiguió el detective— me dijo que el doctor Woodyn le había dado una carta para que él a su vez se la entregara a Robby Remick. Resultó que Robby Remick, aquella misma noche, murió al caer en poder del pulpo. Al intervenir la policía, —agregó— Hodgges negó lo de la carta, por lo visto no quiso comprometerse. En cuanto a Adrienne...

—¡Deje tranquila a mi hija! —barbotó el doctor Woodyn.

—La señora Remick me aseguró que la carta la había escrito una mujer, y quien más quien menos pensó que esa mujer podía haber sido Adrienne. Pero ella aseguró a la policía que no la había escrito y yo, sinceramente, la creí desde el primer momento. Pero si ella no lo hizo tuvo que hacerlo otra persona, ¿no?

—Usted ha dicho hace poco —observó el doctor Woodyn— que ese sujeto, ese tal Hodgges, le dijo que fui yo...

—Pero yo no le creí —advirtió el detective.

—¿No? —inquirió la muchacha con un brillo de esperanza en sus bonitos ojos.

—En absoluto. Pues aunque Hodgges creía sinceramente que era el propio doctor Hodgges quien le había pedido que se pusiera a sus órdenes y quien le pagaba generosamente, no se trataba exactamente de él...

—¿De quién pues? —preguntó Adrienne.

—¿De quién cree usted? —preguntó a su vez el detective, esta vez dirigiéndose de nuevo a Simón, exclusivamente a él.

—Yo no tengo ni idea —contestó el sirviente.

—Yo sí —afirmó Lawrence Ferwill—: Por la sencilla y clara razón de que Adrienne me facilitó un par de monedas de oro... De las que contenía el cofre, el que sacó el pulpo...

—¿Cómo? —Se indignó el doctor Woodyn—. ¿Usted sabe lo del cofre? ¿Quién se lo ha dicho? ¡Yo prohibí terminantemente que nadie mencionara el hecho!

—Me enteré, el cómo no viene al caso —aclaró el detective—. Lo cierto es que le pedí a su hija que me entregara un par de esas monedas de oro, y que una vez en mi poder las examiné bien... Tan bien que llegué a la conclusión de que tales monedas no habían podido ser realmente halladas en una costa del norte de Inglaterra... Esos doblones de oro fueron a parar al fondo del mar al ser hundida la galera que los transportaba y eso sucedió en las costas de Australia, a mitad aproximadamente del siglo XVII...

Simón había palidecido de un modo intensísimo.

—Una vez me convencí de que estaba en lo cierto, escribí a un amigo mío, que también es detective, que trabaja en Australia, concretamente en Melbourne. Le dije que se enterara de la suerte que había corrido un tal Cliff Porley, un científico... La verdad es que desde los últimos indicios, no hacía más que pensar en él...

—Cliff Porley —murmuró el viejo doctor Woodyn— fue mi mejor amigo. Era un gran hombre, todo inteligencia. Desgraciadamente no tuvo tiempo antes de morir...

—Está usted en un error, doctor Woodyn —dijo Lawrence Ferwill—. Cliff Porley no murió. Es lo que se creyó en un principio. Su cuerpo, con su traje habitual y una sortija suya, fue encontrado cierto amanecer en la playa, devorado por los cangrejos. Nadie dudó que se trataba de él. Pero ahondando en esa muerte, pronto mi amigo, el detective, llegó a la conclusión de que el muerto pudo ciertamente haber sido cualquier otro. Con sobrado motivo —añadió— puesto que Cliff Porley había sido visto, pocos días antes, con mucho dinero... Concretamente, con muchas monedas de oro... Enterados de ello más personas de las convenientes, se dijo que querían matarle y apropiarse de ese oro... Todo esto hizo que Cliff Porley —añadió Lawrence Ferwill— decidiera hacerse pasar por muerto para que no le mataran de verdad. Hecho lo cual, desapareció de allí. Y usted, Simón —miró rectamente al sirviente— es Cliff Porley. Ni más ni menos.

CAPITULO X

Hubo en el detective demasiada firmeza y seguridad en sí mismo para que Simón pudiera permitirse el lujo de seguir representando su papel.

Había sido desenmascarado.

Y una vez desenmascarado por aquel joven entrometido, quedaba claro, no podía ser de otra manera, que el resto de la historia también la sabía...

Hubiera tenido que ser un obtuso para no comprenderlo así. Por lo que se decidió a dar la cara como si tal cosa, a afrontar los hechos con todo el cinismo de que era capaz. ¿Por qué no hacerlo, cuando de antemano sabía que la retirada la tenía asegurada?

Una vez se hubiera dado el gusto de reconocer que había engañado a todos, llamaría a «Zatte» y huiría con su ayuda. No volverían a verle por allí. Tendría que renunciar a Adrianne, esto es lo único que le contrariaba. Pero puestas las cosas tan al rojo vivo, no le quedaba otra alternativa.

Decidido a hablar, empezó diciendo:

—En efecto, soy Cliff Porley —y para asegurarse la situación, sacó a relucir una pistola automática.

—No, tú no eres Cliff —musitó el doctor Woodyn, agitando negativamente la cabeza—, Cliff llevaba barba... Pero si, sí eres Cliff, se corrigió a sí mismo, instantes después—. Ahora me doy cuenta de que sí...

Le había estado mirando fijamente, llegando a la conclusión de que, por descontado, era el mismo. ¿Cómo no le había reconocido hasta ese momento? No lo comprendía.

Pero era fácil de comprender. El viejo Woodyn estaba mal de la cabeza. Además, padecía de amnesia a causa de las lesiones vasculares que tenía en el encéfalo.

—Sí, soy Cliff Porley —repitió Simón, y seguía encañonándoles con la boca de su pistola—. Y mi historia es más breve y sencilla de lo que quizá puedan creer.. Se puede explicar en pocas palabras.

—Le agradeceré que lo haga —dijo Lawrence.

—Efectivamente, tuve que hacer creer que había muerto —repuso Simón, o Cliff Porley, como se prefiera— de lo contrario hubieran acabado conmigo. Había culminado con el mayor de los éxitos mi experimento... Quiero decir —aclaró— que hasta entonces me había hecho obedecer por un pulpo, por uno de la especie de los «Octopodus dofleini», pero aún no había logrado que extrajera ningún tesoro del fondo del mar. Yo le había ordenadora través de sonidos guturales, en este lenguaje consistía y consiste mi invento... ¡Sí, mi invento! —exclamó orgulloso—. Pues yo le había ordenado, que buscara tesoros en el fondo del mar y que los sacara para mí. ¡Finalmente lo hizo!

Se detuvo al llegar a este punto de la explicación.

—Emocionante —comentó Lawrence.

El doctor Woodyn se había quedado sin expresión. Como si todo aquello

no terminara de creerlo, más bien de entenderlo.

Adrianne por su parte, se había acercado instintivamente al joven detective. Teniéndole cerca todo le resultaba mucho más tolerable.

—Me sacó un cofre lleno de monedas de oro —prosiguió Cliff Porley—, pero alguien me vio, y tuve que actuar en consecuencia. Así lo hice, fingiendo que los cangrejos habían acabado conmigo. Después, tras un tiempo prudencial, con mi tesoro bien escondido, conseguí regresar a Inglaterra. Y vine directamente aquí, a Symmingdel, pues sabía que era aquí donde vivía el doctor Woodyn y donde, en una caja de cristal, se había traído un ejemplar pequeño del pulpo que, una vez creciera, podía servirme para convertirme en el hombre más fabulosamente rico del mundo.

—Sí, sí —asintió ahora el doctor Woodyn, pero de un modo vago e impreciso. No terminaba de captar lo que sucedía exactamente a su alrededor.

—Pero el día que llegué aquí y me puse ante el doctor Woodyn, no me reconoció, en absoluto —continuó explicando—. Había bastado que me quitara la barba para que fuera para él un total desconocido. Por lo demás, en aquel preciso instante, conocí a su hija, a Adrianne... ¡La verdad es que me enamoré de ti, Adrianne, sin necesidad de más. Por lo que, cuando me preguntaste qué quería, yo te ofrecí mis servicios... no se me ocurrió improvisar otra cosa. Y estuve oportuno, pues por lo visto en el caserón faltaba un sirviente.

Se detuvo otra vez.

En esta ocasión ninguno dijo nada.

Cliff Porley prosiguió.

—A partir de ese día me dediqué al pulpo, a ese «Octopodus dofleini» que podía ser un ejemplar tan bueno como aquel que tuve que dejar en Australia. Mientras crecía, le iba enseñando a obedecer... Aunque era el doctor Woodyn quien en realidad creía estar llevando a cabo el experimento... Pero no, no sabía hacerlo por la contundente razón de que mi secreto es sólo mío... ¡Sólo mío! Con nadie me había sincerado del todo.

—En... enton...ces... —tartamudeó el viejo doctor Woodyn— yo nunca he conseguido nada... —esto último, evidentemente, parecía haberlo entendido muy bien.

—No, nunca. Siempre que has logrado algo, cerca de ti estaba yo actuando.

—¡Oh, no, no! —se desconsoló.

—Cierta día —la narración de Cliff Porley continuaba —me miré al espejo y al verme mayor y falto de atractivo comprendí... comprendí que algo tenía que hacer si quería que tú, Adrianne, acabases cediendo a mis requerimientos amorosos. A partir de ese día, a menudo me miraba al espejo y me decía que debía actuar... En esos momentos sentía la sensación de que era la propia Muerte la que se miraba al espejo... Sí, una sensación muy acertada... Yo estaba dispuesto a ser la Muerte y a eliminar a quien fuera...

—Y lo ha hecho —puntualizó Lawrence, que no se acobardaba ante

aquella pistola.

Sabía que él tenía la suya y que la sacaría a relucir en el momento oportuno a una velocidad de verdadero vértigo. Nadie podría impedirse lo.

—En bandeja de plata se me presentó todo... —repuso Cliff Porley— cuando Alan Leone, Robby Remick y Burt Derek quisieron acabar con el doctor Woodyn. Porque lo intentaron, es cierto. Le pusieron aquellos grillettes, y aquellas bolas de hierro, y le arrojaron al mar. Allí hubiera muerto a no ser porque yo le envié a «Zatte». A mí sí me obedecía... Como me obedeció cuando le ordené que volcara la lancha motora y acabara con uno de sus tres ocupantes. Pero el doctor Woodyn creyó que era él a quien el pulpo obedecía, gracioso, muy gracioso...

Tras una nueva interrupción, prosiguió:

—Se trataba, sin embargo, de acabar con los tres amigos. El doctor había gritado diciendo que los mataría... ¿Pues qué mejor oportunidad que ésa? Porque a mí me sobraban también esos jóvenes... Adrianne nunca me aceptaría, mientras tuviera pretendientes tan ricos, tan jóvenes y tan apuestos... Se trataba, empero, de que las investigaciones de usted, señor Ferwill, fueran por falsos derroteros... Por eso se me ocurrió contratar a Hodgges, que sabía que había estado muy enamorado de la actual señora Remick, tiempo atrás mi prometida... Si usted investigaba en ese sentido, quizá llegara a sospechar de... De quien fuera, ya me iba bien. Con tal que de mí no recelara...

—Pues recelé —puntualizó Lawrence.

—Para añadirle salsa al caso, se me ocurrió que «Zatte» sacara el cofre del mar. Antes se lo había entregado yo, claro, para que se lo llevara. No estaría de más que el doctor Woodyn creyera plenamente en su triunfo...

Había de continuar diciendo luego de un silencio que ninguno de los presentes quiso cortar:

—Hodgges habló con usted y yo me quedé con la duda de si había hablado demasiado. Así que decidí acabar con él. ¿Cómo conseguirlo? Facilísimo. Cuando la ambición ciega a un hombre, es fácil hacerle llegar a un lugar determinado... En cuanto a Robby Remick y Burt Derek, sencillísimo también. Haciéndoles creer que Adrianne les escribía... Desde luego —subrayó el falso Simón— Hodgges creía que yo era el doctor Woodyn. Así se lo dije y al parecer no tuvo por qué ponerlo en duda. Siempre estuvo lejos de saber que yo era el hombre que, años atrás, le robó el amor de una mujer que... Bueno, no le robé precisamente su amor... Valerie sólo buscaba una vida de comodidades, de lujos... No, yo no podía darle esa vida... Yo me debía a mis estudios científicos...

Aún no había acabado. Pero ya faltaba poco. Muy poco.

—Tenía la idea de obligarte, Adrianne, a que me aceptaras... De lo contrario te amenazaría con hablar y con hacer que tu padre acabase en la horca... Me hubiera salido con la mía, estoy seguro... Pero surgió usted, señor detective, y averiguó, dedujo o simplemente imaginó más de la cuenta, y ha

echado por tierra todo mi plan... ¡Quietos! —gritó de pronto—. ¡Todos quietos o disparo!

Salió de la estancia andando hacia atrás, y no quitándole la vista de encima a Lawrence. Debía estar convencido que de sorprenderle algún ataque, vendría por ese lado. Seguro que sí.

No iba desencaminado. Lawrence no estaba dispuesto a dejarle escapar. Sólo que esperaba su oportunidad.

Pero Cliff Porley se equivocó al suponer que el doctor Woodyn iba a permanecer inactivo. En medio de su locura y de ese mundo en que todo, o casi todo, resultaba confuso para él, comprendió que Cliff Porley se había burlado de su amistad y que eso no podía perdonárselo.

Corrió Cliff Porley hacia la rocosa costa y el doctor Woodyn hizo otro tanto, tras él. Como si, a la hora de darle alcance y de acabar con él, las manos hubieran de bastarle. Idea absurda dado lo avanzado de su edad y dado que Cliff Porley llevaba pistola.

Sabiendo más lo que hacía, Lawrence Ferwill les siguió. Contaba de antemano con su inefable puntería, que utilizaría en el momento idóneo.

Y ese momento sería cuando Cliff Porley, sobre una de las rocas, se destacara más y mejor bajo la luz de la luna. Cuando, debido a la distancia, Cliff Porley no pudiera darle a él.

Pero el final había de resultar súbito e imprevisible.

A los sonidos guturales de Cliff Porley, en seguida apareció el pulpo. Pero así que lo vio, alzando sus enormes tentáculos sobre la roca en que acababa de situarse, el científico sintió un helado y pegajoso sudor en toda su epidermis. Luego gritó de terror...

Un terror hondo, profundo, sin límites, que le hizo quedarse como si de pronto le hubieran amputado las extremidades. Algo así, pues se encontró incapaz de moverse.

Había gritado al darse cuenta de que aquel pulpo no era de la especie «*Octopodus dofleini*», no era, pues, «Zatte». No era su amigo.

Los tentáculos le apresaron, le arrastraron y le hundieron en el mar.

Todo esto en brevísimos instantes.

Cuando Lawrence Ferwill llegó allí, sin haber tenido necesidad de utilizar su pistola, ya el pulpo depositaba en la rocosa costa el cadáver de Cliff Porley destrozado, materialmente aplastado.

Pero en aquel mismo instante llegó otro pulpo, éste sin duda era «Zatte». Sí, sin duda era él, pues entre ambos pulpos se entabló una pelea a muerte.

Adrianne se acercó a su padre, queriendo abrazarle, queriendo decirle que se sentía dichosa de que él no hubiera sido el culpable de todo lo que había sucedido.

No llegó a abrazarle. Llena de angustia vio que su padre, agachado junto al cadáver de Cliff Porley, no se movía, permanecía quieto. Totalmente inmóvil.

Se dio cuenta de que había muerto. Quizá de felicidad al ver que Cliff Porley había pagado el haberle engañado.

Lawrence Ferwill tomó a la muchacha en brazos, temiendo que se desvaneciera.

Ella se apretó contra el ancho tórax del detective, ocultando su rostro de todo aquel horror.

FIN